Lucas

Dedicatoria a Teófilo
Relación con el segundo relato: Hechos 1:1–3.

1 Puesto que muchos han emprendido la tarea
de ordenar un relato de los acontecimientos que
se han cumplido entre nosotros,
2 tal como nos los transmitieron quienes desde
el principio fueron testigos oculares y servidores
de la palabra,
3 también a mí, después de investigar todo
cuidadosamente desde sus comienzos, me
pareció bien escribírtelo en orden, excelentísimo
Teófilo,
4 para que conozcas la certeza de las
enseñanzas que has recibido.

Anuncio del nacimiento de Juan
Antecedentes: 1 Crónicas 24:10; Malaquías 4:5–6.

5 En tiempos de Herodes, rey de Judea, había
un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de
Abías. Su esposa era descendiente de Aarón y se
llamaba Elisabet.
6 Ambos eran justos delante de Dios y vivían
de manera irreprochable conforme a todos los
mandamientos y ordenanzas del Señor.
7 Pero no tenían hijos, porque Elisabet era
estéril, y ambos eran de edad avanzada.
8 Mientras Zacarías ejercía el sacerdocio
delante de Dios, según el turno de su grupo,

9 le tocó por sorteo, conforme a la costumbre
del sacerdocio, entrar en el santuario del Señor
para quemar incienso.
10 Toda la multitud del pueblo estaba afuera
orando a la hora del incienso.
11 Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la
derecha del altar del incienso.
12 Zacarías se turbó al verlo y quedó
sobrecogido de miedo.
13 Pero el ángel le dijo: «No tengas miedo,
Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada.
Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y le pondrás
por nombre Juan.
14 Tendrás gozo y alegría, y muchos se
alegrarán por su nacimiento,
15 porque será grande delante del Señor. No
beberá vino ni bebida embriagante, y será lleno
del Espíritu Santo ya desde el vientre de su
madre.
16 Hará que muchos de los hijos de Israel
vuelvan al Señor su Dios.
17 Irá delante de él con el espíritu y el poder de
Elías, para hacer volver el corazón de los padres
hacia los hijos, y a los desobedientes a la
prudencia de los justos, preparando para el
Señor un pueblo bien dispuesto».
18 Zacarías dijo al ángel: «¿Cómo podré saber
esto? Porque yo soy anciano y mi esposa es de
edad avanzada».
19 El ángel le respondió: «Yo soy Gabriel, que
estoy en la presencia de Dios, y he sido enviado
para hablarte y anunciarte estas buenas
noticias.
20 Mira, quedarás en silencio y no podrás

hablar hasta el día en que sucedan estas cosas,
porque no creíste mis palabras, que se
cumplirán a su debido tiempo».
21 El pueblo esperaba a Zacarías y se
extrañaba de que tardara tanto en el santuario.
22 Cuando salió, no podía hablarles, y
comprendieron que había visto una visión en el
santuario. Él les hacía señas y permanecía
mudo.
23 Al cumplirse los días de su servicio, se fue a
su casa.
24 Después de aquellos días, su esposa Elisabet
quedó embarazada y se mantuvo recluida
durante cinco meses. Decía:
25 «Así ha obrado conmigo el Señor en estos
días en que me ha mirado para quitar mi
deshonra entre la gente».

Anuncio del nacimiento de Jesús
Relato relacionado: Mateo 1:18–25.
26 Al sexto mes, Dios envió al ángel Gabriel a
una ciudad de Galilea llamada Nazaret,
27 a una virgen comprometida en matrimonio
con un hombre llamado José, de la casa de
David. La virgen se llamaba María.
28 El ángel entró adonde ella estaba y dijo:
«¡Saludos, favorecida! El Señor está contigo».
29 Ella se turbó mucho por estas palabras y se
preguntaba qué significaría aquel saludo.
30 El ángel le dijo: «No tengas miedo, María,
porque has hallado gracia delante de Dios.
31 Mira, concebirás en tu vientre y darás a luz
un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

32 Él será grande y será llamado Hijo del
Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David,
su antepasado,
33 y reinará sobre la casa de Jacob para
siempre; su reino no tendrá fin».
34 María dijo al ángel: «¿Cómo sucederá esto,
puesto que no tengo relaciones con ningún
hombre?».
35 El ángel le respondió: «El Espíritu Santo
vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá
con su sombra. Por eso el que nacerá será
llamado santo, Hijo de Dios.
36 Mira, tu parienta Elisabet también ha
concebido un hijo en su vejez, y este es el sexto
mes de aquella a quien llamaban estéril.
37 Porque nada será imposible para Dios».
38 María dijo: «He aquí la sierva del Señor;
hágase conmigo conforme a tu palabra». Y el
ángel se fue de su presencia.

María visita a Elisabet

39 En aquellos días María se levantó y fue de
prisa a la región montañosa, a una ciudad de
Judá.
40 Entró en casa de Zacarías y saludó a
Elisabet.
41 Cuando Elisabet oyó el saludo de María, el
niño saltó en su vientre, y Elisabet fue llena del
Espíritu Santo.
42 Exclamó con voz fuerte: «¡Bendita eres entre
las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!
43 ¿De dónde me viene esto, que la madre de
mi Señor venga a mí?

44 Porque, en cuanto llegó a mis oídos la voz de
tu saludo, el niño saltó de alegría en mi vientre.
45 Dichosa la que creyó que se cumpliría lo
que le fue dicho de parte del Señor».

Cántico de María
Relación temática: 1 Samuel 2:1–10.

46 María dijo:
«Engrandece mi alma al Señor,
47 y mi espíritu se ha alegrado en Dios, mi
Salvador,
48 porque ha mirado la humilde condición de su
sierva.
Miren, desde ahora todas las generaciones
me llamarán dichosa,
49 porque el Poderoso ha hecho grandes cosas
por mí;
santo es su nombre.
50 Su misericordia alcanza de generación en
generación a los que le temen.
51 Ha mostrado la fuerza de su brazo;
ha dispersado a los soberbios en los
pensamientos de su corazón.
52 Ha derribado de sus tronos a los poderosos y
ha exaltado a los humildes.
53 Ha colmado de bienes a los hambrientos y ha
despedido vacíos a los ricos.
54 Ha auxiliado a Israel, su siervo, acordándose
de su misericordia,
55 como lo había dicho a nuestros antepasados, a
Abraham y a su descendencia para
siempre».

56 María se quedó con ella unos tres meses y
luego regresó a su casa.

Nacimiento de Juan el Bautista

57 A Elisabet se le cumplió el tiempo de dar a
luz, y tuvo un hijo.
58 Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor
había mostrado gran misericordia con ella y se
alegraban con ella.
59 Al octavo día vinieron a circuncidar al niño
y querían llamarlo Zacarías, como su padre.
60 Pero su madre respondió: «No; se llamará
Juan».
61 Le dijeron: «No hay nadie en tu familia que
lleve ese nombre».
62 Entonces preguntaban por señas a su padre
cómo quería que se llamara.
63 Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su
nombre». Y todos se asombraron.
64 Al instante se abrió su boca y se soltó su
lengua, y hablaba bendiciendo a Dios.
65 El temor se apoderó de todos sus vecinos, y
en toda la región montañosa de Judea se
comentaban todas estas cosas.
66 Todos los que las oían las guardaban en su
corazón y decían: «¿Qué llegará a ser este
niño?». Porque la mano del Señor estaba con él.

Profecía de Zacarías

67 Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu
Santo y profetizó, diciendo:
68 «Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque
ha visitado a su pueblo y le ha dado
redención.

69 Ha levantado para nosotros un poder salvador
en la casa de David, su siervo,
70 como habló desde antiguo por boca de sus
santos profetas:
71 salvación de nuestros enemigos y de la mano
de todos los que nos odian,
72 para mostrar misericordia a nuestros
antepasados y acordarse de su santo
pacto,
73 del juramento que hizo a Abraham, nuestro
padre, de concedernos
74 que, librados de la mano de nuestros
enemigos, le sirvamos sin temor
75 en santidad y justicia delante de él, todos
nuestros días.
76 Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor para
preparar sus caminos,
77 para dar a su pueblo conocimiento de
salvación mediante el perdón de sus
pecados,
78 por la entrañable misericordia de nuestro
Dios, por la cual nos visitará la aurora
desde lo alto,
79 para iluminar a los que están sentados en
oscuridad y sombra de muerte, y
encaminar nuestros pies por el camino de
paz».

80 El niño crecía y se fortalecía en espíritu.
Vivió en lugares desiertos hasta el día de su
presentación ante Israel.

2

Nacimiento de Jesús
Relato relacionado: Mateo 1:18–25.

1 En aquellos días salió un decreto de César
Augusto para que se inscribiera en un censo
todo el mundo habitado.
2 Este primer censo se hizo cuando Cirenio
gobernaba Siria.
3 Todos iban a inscribirse, cada uno a su
propia ciudad.
4 También José subió de Galilea, de la ciudad
de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David
llamada Belén, porque era de la casa y del linaje
de David,
5 para inscribirse junto con María, que estaba
comprometida en matrimonio con él y estaba
embarazada.
6 Mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo
de dar a luz.
7 Dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en
pañales y lo acostó en un pesebre, porque no
había lugar para ellos en el alojamiento.

Los ángeles y los pastores

8 En aquella misma región había pastores que
pasaban la noche al aire libre y vigilaban su
rebaño por turnos.
9 Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria
del Señor los rodeó de resplandor. Ellos tuvieron
mucho miedo.
10 Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo.
Miren, les anuncio una gran alegría que será
para todo el pueblo:

11 hoy les ha nacido en la ciudad de David un
Salvador, que es Cristo el Señor.
12 Esta será la señal para ustedes: encontrarán
a un niño envuelto en pañales y acostado en un
pesebre».
13 De pronto apareció con el ángel una
multitud del ejército celestial, que alababa a Dios
y decía:
14 «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz
entre los hombres en quienes él se
complace».
15 Cuando los ángeles se fueron de su
presencia al cielo, los pastores se decían unos a
otros: «Vayamos a Belén y veamos esto que ha
sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer».
16 Fueron de prisa y encontraron a María, a
José y al niño acostado en el pesebre.
17 Al verlo, dieron a conocer lo que se les
había dicho acerca de aquel niño.
18 Todos los que los oyeron se asombraron de
lo que les contaban los pastores.
19 Pero María guardaba todas estas cosas,
meditándolas en su corazón.
20 Los pastores regresaron glorificando y
alabando a Dios por todo lo que habían oído y
visto, tal como se les había dicho.

Presentación de Jesús en el templo

21 Cuando se cumplieron los ocho días para
circuncidarlo, le pusieron por nombre Jesús, el
nombre que había dado el ángel antes de que
fuera concebido en el vientre.

22 Cuando se cumplieron los días de la
purificación de ellos, conforme a la ley de
Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo
al Señor,
23 como está escrito en la ley del Señor: «Todo
varón que abra el vientre será llamado santo
para el Señor»,
24 y para ofrecer un sacrificio conforme a lo
dicho en la ley del Señor: «Un par de tórtolas o
dos pichones de paloma».
25 Había en Jerusalén un hombre llamado
Simeón. Este hombre era justo y piadoso,
esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu
Santo estaba sobre él.
26 El Espíritu Santo le había revelado que no
vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor.
27 Movido por el Espíritu, fue al templo.
Cuando los padres llevaron al niño Jesús para
cumplir con él lo establecido por la ley,
28 Simeón lo recibió en sus brazos, bendijo a
Dios y dijo:
29 «Ahora, Señor soberano, dejas ir en paz a tu
siervo, conforme a tu palabra,
30 porque mis ojos han visto tu salvación,
31 la que has preparado ante todos los pueblos:
32 luz para revelación a los gentiles y gloria de tu
pueblo Israel».
33 Su padre y su madre estaban asombrados
de lo que se decía acerca de él.
34 Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:
«Mira, este está destinado a ser causa de caída y
de levantamiento de muchos en Israel, y una
señal a la que se opondrán

35 —y a ti misma una espada te atravesará el
alma—, para que queden al descubierto los
pensamientos de muchos corazones».
36 Había también una profetisa, Ana, hija de
Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy
avanzada; había vivido con su esposo siete años
después de casarse,
37 y era una viuda de ochenta y cuatro años.
No se apartaba del templo, sirviendo de noche y
de día con ayunos y oraciones.
38 Se presentó en aquel mismo momento, daba
gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que
esperaban la redención de Jerusalén.

El regreso a Nazaret

39 Cuando cumplieron todo lo dispuesto en la
ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad
de Nazaret.
40 El niño crecía y se fortalecía, llenándose de
sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él.

El niño Jesús en el templo

41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén
para la fiesta de la Pascua.
42 Cuando tuvo doce años, subieron conforme
a la costumbre de la fiesta.
43 Al terminar los días de la fiesta, cuando
ellos regresaban, el niño Jesús se quedó en
Jerusalén sin que sus padres lo supieran.
44 Pensando que estaba en la caravana,
recorrieron una jornada de camino y lo
buscaban entre sus parientes y conocidos.
45 Como no lo encontraron, regresaron a
Jerusalén buscándolo.

46 Después de tres días lo encontraron en el
templo, sentado en medio de los maestros,
escuchándolos y haciéndoles preguntas.
47 Todos los que lo oían se asombraban de su
entendimiento y de sus respuestas.
48 Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos, y
su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho
esto? Mira, tu padre y yo te buscábamos
angustiados».
49 Él les dijo: «¿Por qué me buscaban? ¿No
sabían que debo estar en la casa de mi Padre?».
50 Pero ellos no comprendieron las palabras
que les dijo.
51 Bajó con ellos y fue a Nazaret, y vivía sujeto
a ellos. Su madre guardaba todas estas cosas en
su corazón.
52 Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en
gracia delante de Dios y de los hombres.

3

Predicación de Juan el Bautista
Relatos paralelos: Mateo 3:1–12; Marcos 1:1–8; Juan 1:19–28.

1 En el año quince del gobierno de Tiberio
César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea,
Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe
tetrarca de Iturea y de la región de Traconite, y
Lisanias tetrarca de Abilinia,
2 durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás,
vino la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías,
en el desierto.

3 Él recorrió toda la región del Jordán,
proclamando un bautismo de arrepentimiento
para el perdón de los pecados,
4 como está escrito en el libro de las palabras
del profeta Isaías:
«Una voz clama en el desierto: “Preparen el
camino del Señor;
hagan rectas sus sendas.
5 Todo barranco será rellenado, y todo monte y
colina será rebajado.
Los caminos torcidos se harán rectos, y los
ásperos, llanos.
6 Y todos los seres humanos verán la salvación
de Dios”».
7 Juan decía a las multitudes que salían para
ser bautizadas por él: «¡Camada de víboras!
¿Quién les advirtió que huyeran de la ira
venidera?
8 Den, pues, frutos dignos de arrepentimiento
y no comiencen a decirse: “Tenemos a Abraham
por padre”. Porque les digo que Dios puede
levantar de estas piedras hijos para Abraham.
9 El hacha ya está puesta a la raíz de los
árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen
fruto es cortado y arrojado al fuego».
10 Las multitudes le preguntaban: «Entonces,
¿qué debemos hacer?».
11 Él les respondía: «El que tenga dos túnicas
comparta con el que no tiene, y el que tenga
alimentos haga lo mismo».
12 También vinieron recaudadores de
impuestos para ser bautizados y le preguntaron:
«Maestro, ¿qué debemos hacer?».

13 Él les dijo: «No cobren más de lo que se les
ha ordenado».
14 También unos soldados le preguntaban: «Y
nosotros, ¿qué debemos hacer?». Él les dijo: «No
extorsionen a nadie ni hagan falsas acusaciones,
y conténtense con su salario».
15 El pueblo estaba a la expectativa, y todos se
preguntaban en su corazón si acaso Juan sería el
Cristo.
16 Juan respondió a todos: «Yo los bautizo con
agua; pero viene uno más poderoso que yo, ante
quien no soy digno de desatar la correa de sus
sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y
con fuego.
17 Tiene en la mano su pala de aventar para
limpiar bien su era y recoger el trigo en su
granero; pero quemará la paja con fuego que no
se apaga».
18 Con muchas otras exhortaciones anunciaba
las buenas noticias al pueblo.
19 Pero Herodes el tetrarca, reprendido por él
a causa de Herodías, la esposa de su hermano, y
de todas las maldades que Herodes había hecho,
20 añadió a todas ellas esta: encerró a Juan en
la cárcel.

El bautismo de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 3:13–17; Marcos 1:9–11.

21 Cuando todo el pueblo fue bautizado,
también Jesús fue bautizado. Mientras oraba, se
abrió el cielo
22 y descendió sobre él el Espíritu Santo en
forma corporal, como una paloma. Y vino una

voz del cielo: «Tú eres mi Hijo amado; en ti me
complazco».

Genealogía de Jesús
Genealogía relacionada: Mateo 1:1–17.

23 Jesús tenía unos treinta años cuando
comenzó su ministerio. Era hijo, según se creía,
de José, hijo de Elí,
24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui,
hijo de Janai, hijo de José,
25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de
Nahúm, hijo de Esli, hijo de Nagai,
26 hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de
Semeín, hijo de Josec, hijo de Jodá,
27 hijo de Joanán, hijo de Resa, hijo de
Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri,
28 hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam,
hijo de Elmadam, hijo de Er,
29 hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim,
hijo de Matat, hijo de Leví,
30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José,
hijo de Jonam, hijo de Eliaquim,
31 hijo de Melea, hijo de Mená, hijo de Matata,
hijo de Natán, hijo de David,
32 hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo
de Sala, hijo de Naasón,
33 hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de
Arní, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá,
34 hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de
Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor,
35 hijo de Serug, hijo de Ragáu, hijo de Peleg,
hijo de Heber, hijo de Sala,

36 hijo de Cainam, hijo de Arfaxad, hijo de
Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec,
37 hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de
Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainam,
38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo
de Dios.

4

Tentación de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 4:1–11; Marcos 1:12–13.

1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del
Jordán y era guiado por el Espíritu en el desierto
2 durante cuarenta días, siendo tentado por el
diablo. No comió nada en aquellos días y, al
terminar, tuvo hambre.
3 El diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, dile a
esta piedra que se convierta en pan».
4 Jesús le respondió: «Está escrito: "No solo de
pan vivirá el hombre"».
5 El diablo lo llevó a lo alto y le mostró en un
instante todos los reinos del mundo habitado.
6 Le dijo: «Te daré toda esta autoridad y la
gloria de ellos, porque me ha sido entregada, y
se la doy a quien quiero.
7 Por tanto, si te postras ante mí, toda será
tuya».
8 Jesús le respondió: «Está escrito: "Al Señor tu
Dios adorarás, y solo a él servirás"».
9 Luego lo llevó a Jerusalén, lo puso en el
punto más alto del templo y le dijo: «Si eres Hijo
de Dios, arrójate de aquí abajo,
10 porque está escrito: "Dará órdenes a sus
ángeles acerca de ti, para que te protejan",

11 y: “Te sostendrán en sus manos, para que tu
pie no tropiece con una piedra”».
12 Jesús le respondió: «Está dicho: “No
pondrás a prueba al Señor tu Dios”».
13 Después de agotar toda tentación, el diablo
se apartó de él hasta un momento oportuno.

Jesús principia su ministerio
Relatos paralelos: Mateo 4:12–17; Marcos 1:14–15.
14 Jesús regresó a Galilea con el poder del
Espíritu, y su fama se extendió por toda la región
de alrededor.
15 Enseñaba en sus sinagogas y todos lo
glorificaban.

Jesús en Nazaret
Relatos relacionados: Mateo 13:53–58; Marcos 6:1–6.
16 Fue a Nazaret, donde se había criado, y,
conforme a su costumbre, entró en la sinagoga
el sábado y se levantó para leer.
17 Le dieron el rollo del profeta Isaías. Lo
desenrolló y encontró el lugar donde estaba
escrito:
18 «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me
ha ungido para anunciar buenas noticias
a los pobres.
Me ha enviado a proclamar libertad a los
cautivos y recuperación de la vista a los
ciegos, a poner en libertad a los
oprimidos,
19 a proclamar el año del favor del Señor».

20 Enrolló el rollo, se lo devolvió al ayudante y
se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos
fijos en él.
21 Entonces comenzó a decirles: «Hoy se ha
cumplido esta Escritura que han oído».
22 Todos daban testimonio a su favor y se
asombraban de las palabras de gracia que salían
de su boca. Decían: «¿No es este el hijo de José?».
23 Él les dijo: «Sin duda me dirán este refrán:
"Médico, cúrate a ti mismo". "Haz también aquí,
en tu tierra, cuanto hemos oído que ha sucedido
en Capernaúm"».
24 Y añadió: «En verdad les digo que ningún
profeta es bien recibido en su propia tierra.
25 Les digo con verdad que había muchas
viudas en Israel en los días de Elías, cuando el
cielo fue cerrado durante tres años y seis meses
y hubo una gran hambre en toda la tierra.
26 Pero Elías no fue enviado a ninguna de ellas,
sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón.
27 También había muchos leprosos en Israel en
tiempos del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos
fue limpiado, sino Naamán el sirio».
28 Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se
llenaron de ira.
29 Se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad
y lo llevaron hasta el borde del monte sobre el
que estaba edificada su ciudad, para despeñarlo.
30 Pero él pasó por en medio de ellos y siguió
su camino.

Un hombre que tenía un espíritu inmundo
Relato paralelo: Marcos 1:21–28

31 Bajó a Capernaúm, una ciudad de Galilea, y
les enseñaba los sábados.
32 Se asombraban de su enseñanza, porque su
palabra tenía autoridad.
33 En la sinagoga había un hombre que tenía
un espíritu de demonio impuro y gritó con voz
fuerte:
34 «¡Ah! ¿Qué tienes que ver con nosotros,
Jesús nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé
quién eres: el Santo de Dios».
35 Jesús lo reprendió, diciendo: «¡Cállate y sal
de él!». El demonio arrojó al hombre en medio
de ellos y salió de él sin hacerle ningún daño.
36 Todos quedaron sobrecogidos de asombro y
se decían unos a otros: «¿Qué palabra es esta?
¡Con autoridad y poder manda a los espíritus
impuros, y salen!».
37 Y las noticias acerca de él se difundían por
todos los lugares de la región.

Jesús sana a la suegra de Pedro
Relatos paralelos: Mateo 8:14–15; Marcos 1:29–31

38 Jesús salió de la sinagoga y entró en casa de
Simón. La suegra de Simón estaba aquejada de
una fiebre alta, y le rogaron por ella.
39 Él se puso junto a ella, reprendió a la fiebre
y esta la dejó. Ella se levantó al instante y
comenzó a servirles.

Muchos sanados al ponerse el sol
Relatos paralelos: Mateo 8:16–17; Marcos 1:32–34

40 Al ponerse el sol, todos los que tenían
enfermos con diversas dolencias los llevaban a
él. Él imponía las manos sobre cada uno y los
sanaba.
41 También salían demonios de muchos,
gritando: «¡Tú eres el Hijo de Dios!». Pero él los
reprendía y no los dejaba hablar, porque sabían
que él era el Cristo.

Jesús anuncia el reino en otras ciudades
Relato relacionado: Marcos 1:35–39
42 Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar
solitario. Las multitudes lo buscaban y, cuando
llegaron adonde estaba, trataban de retenerlo
para que no se alejara de ellos.
43 Pero él les dijo: «También a las otras ciudades
debo anunciar las buenas noticias del reino de
Dios, porque para esto he sido enviado».
44 Y predicaba en las sinagogas de Judea.

5

La pesca milagrosa
Relatos relacionados: Mateo 4:18–22; Marcos 1:16–20
1 Mientras Jesús estaba de pie junto al lago de
Genesaret, la multitud se agolpaba sobre él para
escuchar la palabra de Dios.
2 Vio dos barcas a la orilla del lago; los
pescadores habían bajado de ellas y lavaban las
redes.
3 Subió a una de las barcas, que era de Simón,
y le pidió que la apartara un poco de tierra.
Luego se sentó y enseñaba a las multitudes
desde la barca.

4 Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:
«Lleva la barca a aguas profundas y echen sus
redes para pescar».
5 Simón respondió: «Maestro, hemos trabajado
toda la noche y no hemos pescado nada; pero,
por tu palabra, echaré las redes».
6 Al hacerlo, encerraron una gran cantidad de
peces, y sus redes comenzaban a romperse.
7 Hicieron señas a sus compañeros de la otra
barca para que vinieran a ayudarlos. Ellos
vinieron, y llenaron ambas barcas hasta el
punto de que se hundían.
8 Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de
Jesús, diciendo: «Apártate de mí, Señor, porque
soy un hombre pecador».
9 Porque el asombro se había apoderado de él
y de todos los que estaban con él por la pesca
que habían hecho;
10 lo mismo les sucedía a Jacobo y a Juan, hijos
de Zebedeo, que eran socios de Simón. Jesús dijo
a Simón: «No tengas miedo; desde ahora serás
pescador de hombres».
11 Después de llevar las barcas a tierra, lo
dejaron todo y lo siguieron.

Jesús sana a un leproso
Relatos paralelos: Mateo 8:1–4; Marcos 1:40–45

12 Mientras Jesús estaba en una de las
ciudades, se presentó un hombre cubierto de
lepra. Al ver a Jesús, cayó rostro en tierra y le
suplicó: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».

13 Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo:
«Quiero; queda limpio». Enseguida la lepra lo
dejó.
14 Le ordenó que no se lo dijera a nadie: «Ve,
preséntate ante el sacerdote y ofrece por tu
purificación lo que mandó Moisés, para
testimonio ante ellos».
15 Pero las noticias acerca de él se extendían
cada vez más, y grandes multitudes se reunían
para escucharlo y ser sanadas de sus
enfermedades.
16 Él, sin embargo, se retiraba a lugares
solitarios y oraba.

Jesús sana a un paralítico
Relatos paralelos: Mateo 9:1–8; Marcos 2:1–12

17 Un día, mientras enseñaba, estaban
sentados allí fariseos y maestros de la ley que
habían venido de todas las aldeas de Galilea y
Judea, y de Jerusalén. El poder del Señor estaba
con él para sanar.
18 Unos hombres llevaban en una camilla a un
hombre paralítico y trataban de introducirlo y
ponerlo delante de Jesús.
19 Como no encontraban por dónde
introducirlo a causa de la multitud, subieron a la
azotea y lo bajaron con la camilla a través de las
tejas, hasta ponerlo en medio, delante de Jesús.
20 Al ver la fe de ellos, dijo: «Hombre, tus
pecados te han sido perdonados».
21 Los escribas y los fariseos comenzaron a
pensar: «¿Quién es este que dice blasfemias?
¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?».

22 Jesús conoció sus pensamientos y les
respondió: «¿Qué están pensando en su corazón?
23 ¿Qué es más fácil: decir “Tus pecados te han
sido perdonados”, o decir “Levántate y camina”?
24 Pero, para que sepan que el Hijo del
Hombre tiene autoridad en la tierra para
perdonar pecados —dijo al paralítico—, a ti te
digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».
25 Al instante se levantó delante de ellos, tomó
aquello en lo que había estado acostado y se fue
a su casa glorificando a Dios.
26 El asombro se apoderó de todos y
glorificaban a Dios. Llenos de temor, decían:
«¡Hoy hemos visto cosas extraordinarias!».

Llamamiento de Leví
Relatos paralelos: Mateo 9:9–13; Marcos 2:13–17

27 Después de esto, Jesús salió y vio a un
recaudador de impuestos llamado Leví, sentado
en el puesto de recaudación. Le dijo: «Sígueme».
28 Él lo dejó todo, se levantó y lo seguía.
29 Leví le ofreció un gran banquete en su casa,
y había una gran multitud de recaudadores de
impuestos y de otros que estaban a la mesa con
ellos.
30 Los fariseos y sus escribas murmuraban
contra los discípulos de Jesús, diciendo: «¿Por
qué comen y beben con recaudadores de
impuestos y pecadores?».
31 Jesús les respondió: «Los sanos no necesitan
médico, sino los enfermos.
32 No he venido a llamar a justos, sino a
pecadores al arrepentimiento».

La pregunta sobre el ayuno
Relatos paralelos: Mateo 9:14–17; Marcos 2:18–22

33 Ellos le dijeron: «Los discípulos de Juan
ayunan con frecuencia y hacen oraciones, y lo
mismo los de los fariseos; pero los tuyos comen
y beben».
34 Él les dijo: «¿Acaso pueden hacer ayunar a
los invitados de una boda mientras el novio está
con ellos?
35 Pero vendrán días en que les será quitado el
novio; entonces, en aquellos días, ayunarán».
36 También les decía una parábola: «Nadie
arranca un remiendo de una prenda nueva para
ponerlo en una vieja; de lo contrario, rompe la
nueva y el remiendo de la nueva no combina
con la vieja.
37 Nadie echa vino nuevo en odres viejos; de lo
contrario, el vino nuevo reventará los odres, se
derramará y los odres se perderán.
38 El vino nuevo debe echarse en odres
nuevos.
39 Y nadie que ha bebido vino añejo quiere
nuevo, porque dice: "El añejo es bueno"».

6

Los discípulos recogen espigas en el día de reposo
Relatos paralelos: Mateo 12:1–8; Marcos 2:23–28

1 Un sábado Jesús atravesaba unos sembrados.
Sus discípulos arrancaban espigas, las frotaban
con las manos y comían.
2 Algunos de los fariseos dijeron: «¿Por qué
hacen lo que no está permitido en sábado?».

3 Jesús les respondió: «¿Ni siquiera han leído lo
que hizo David cuando tuvo hambre, él y los que
estaban con él?
4 ¿Cómo entró en la casa de Dios, tomó los
panes de la Presencia, comió y dio a los que
estaban con él, aunque solo a los sacerdotes les
está permitido comerlos?».
5 Y les decía: «El Hijo del Hombre es Señor
también del sábado».

El hombre de la mano seca
Relatos paralelos: Mateo 12:9–14; Marcos 3:1–6

6 Otro sábado entró en la sinagoga y enseñaba.
Había allí un hombre que tenía seca la mano
derecha.
7 Los escribas y los fariseos lo vigilaban para
ver si sanaba en sábado, a fin de encontrar de
qué acusarlo.
8 Pero él conocía sus pensamientos y dijo al
hombre que tenía la mano seca: «Levántate y
ponte en medio». Él se levantó y se puso de pie.
9 Jesús les dijo: «Les pregunto: ¿está permitido
en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar
una vida o destruirla?».
10 Después de mirarlos a todos alrededor, dijo
al hombre: «Extiende tu mano». Él lo hizo, y su
mano quedó restaurada.
11 Pero ellos se llenaron de furor y discutían
entre sí qué podrían hacer contra Jesús.

Elección de los doce apóstoles
Relatos paralelos: Mateo 10:1–4; Marcos 3:13–19

12 En aquellos días Jesús salió al monte a orar
y pasó toda la noche orando a Dios.

13 Al hacerse de día, llamó a sus discípulos y
escogió de entre ellos a doce, a quienes también
llamó apóstoles:
14 Simón, a quien también llamó Pedro, Andrés
su hermano, Jacobo, Juan, Felipe, Bartolomé,
15 Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón
llamado el Zelote,
16 Judas hijo de Jacobo y Judas Iscariote, que
llegó a ser traidor.

Jesús atiende a una multitud
Relato relacionado: Mateo 4:23–25

17 Bajó con ellos y se detuvo en un lugar llano.
Había una gran multitud de sus discípulos y una
gran cantidad de gente de toda Judea, de
Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón,
18 que habían venido para escucharlo y ser
sanados de sus enfermedades. También los
atormentados por espíritus impuros eran
sanados.
19 Toda la multitud procuraba tocarlo, porque
de él salía poder y sanaba a todos.

Bienaventuranzas y ayes
Enseñanza relacionada: Mateo 5:1–12

20 Él levantó la mirada hacia sus discípulos y
decía: «Bienaventurados ustedes los pobres,
porque de ustedes es el reino de Dios.
21 Bienaventurados los que ahora tienen
hambre, porque serán saciados.
Bienaventurados los que ahora lloran, porque
reirán.
22 Bienaventurados ustedes cuando la gente
los odie, los excluya, los insulte y rechace su

nombre como malo por causa del Hijo del
Hombre.
23 Alégrense en aquel día y salten de gozo,
porque su recompensa es grande en el cielo. Así
trataban sus antepasados a los profetas.
24 Pero ¡ay de ustedes los ricos, porque ya han
recibido su consuelo!
25 ¡Ay de ustedes los que ahora están saciados,
porque tendrán hambre! ¡Ay de los que ahora
ríen, porque se lamentarán y llorarán!
26 ¡Ay cuando todos hablen bien de ustedes!
Así trataban sus antepasados a los falsos
profetas.

El amor hacia los enemigos, y la regla de oro
Enseñanzas relacionadas: Mateo 5:38–48; Mateo 7:12

27 Pero a ustedes que escuchan les digo: amen
a sus enemigos; hagan bien a los que los odian;
28 bendigan a los que los maldicen y oren por
los que los maltratan.
29 Al que te golpee en una mejilla, ofrécele
también la otra; y al que te quite el manto, no le
impidas llevarse también la túnica.
30 Da a todo el que te pida, y al que tome lo
tuyo no le exijas que te lo devuelva.
31 Traten a los demás como quieren que ellos
los traten a ustedes.
32 Si aman a los que los aman, ¿qué mérito
tienen? Porque también los pecadores aman a
los que los aman.
33 Y si hacen bien a los que les hacen bien,
¿qué mérito tienen? También los pecadores
hacen lo mismo.

34 Si prestan a aquellos de quienes esperan
recibir, ¿qué mérito tienen? También los
pecadores prestan a los pecadores para recibir
otro tanto.
35 Pero amen a sus enemigos, hagan el bien y
presten sin esperar nada a cambio. Su
recompensa será grande y serán hijos del
Altísimo, porque él es bondadoso con los
ingratos y los malvados.
36 Sean misericordiosos como su Padre es
misericordioso.

El juzgar a los demás
Enseñanza relacionada: Mateo 7:1–5

37 No juzguen y no serán juzgados; no
condenen y no serán condenados; perdonen y
serán perdonados.
38 Den y se les dará: les echarán en el regazo
una buena medida, apretada, sacudida y
rebosante. Porque con la medida con que midan
se les volverá a medir».
39 También les dijo una parábola: «¿Acaso
puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán
ambos en un hoyo?
40 El discípulo no es superior a su maestro,
pero todo el que haya completado su formación
será como su maestro.
41 ¿Por qué miras la astilla que hay en el ojo de
tu hermano y no reparas en la viga que tienes
en tu propio ojo?
42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano:
“Hermano, déjame sacarte la astilla del ojo”, si tú
mismo no ves la viga que tienes en tu ojo?
¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo y

entonces verás con claridad para sacar la astilla
del ojo de tu hermano.

Por sus frutos los conoceréis
Enseñanza relacionada: Mateo 7:15–20

43 Porque no hay árbol bueno que dé fruto
podrido, ni árbol podrido que dé fruto bueno.
44 Cada árbol se reconoce por su propio fruto.
No se recogen higos de los espinos ni se
cosechan uvas de las zarzas.
45 La persona buena saca lo bueno del buen
tesoro de su corazón, y la mala saca lo malo de
su mal tesoro. Porque de la abundancia del
corazón habla su boca.

Escuchar y obedecer a Jesús
Enseñanza relacionada: Mateo 7:24–27

46 ¿Por qué me llaman “Señor, Señor”, y no
hacen lo que digo?
47 Les mostraré a quién se parece todo el que
viene a mí, escucha mis palabras y las pone en
práctica.
48 Se parece a un hombre que, al construir una
casa, cavó hondo y puso los cimientos sobre la
roca. Cuando llegó una inundación, el río golpeó
aquella casa, pero no pudo sacudirla, porque
estaba bien construida.
49 Pero el que oye y no pone en práctica se
parece a un hombre que construyó una casa
sobre la tierra, sin cimientos. El río la golpeó y
enseguida se derrumbó, y fue grande la ruina de
aquella casa».

7

Jesús sana al siervo de un centurión
Relato paralelo: Mateo 8:5–13

1 Cuando Jesús terminó todas sus palabras
ante el pueblo que escuchaba, entró en
Capernaúm.
2 Un centurión tenía un esclavo muy estimado
que estaba enfermo y a punto de morir.
3 Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos
de los judíos para rogarle que viniera a sanar a
su esclavo.
4 Ellos llegaron a Jesús y le suplicaban con
insistencia: «Merece que le concedas esto,
5 porque ama a nuestra nación y él mismo nos
construyó la sinagoga».
6 Jesús fue con ellos. Cuando ya no estaba lejos
de la casa, el centurión envió a unos amigos
para decirle: «Señor, no te molestes, porque no
soy digno de que entres bajo mi techo.
7 Por eso ni siquiera me consideré digno de ir
a ti. Pero di una palabra y que mi siervo sea
sanado.
8 Porque también yo soy un hombre puesto
bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis
órdenes. Le digo a uno “Ve”, y va; a otro “Ven”, y
viene; y a mi esclavo “Haz esto”, y lo hace».
9 Al oír esto, Jesús se asombró de él y,
volviéndose hacia la multitud que lo seguía, dijo:
«Les digo que ni siquiera en Israel he
encontrado una fe tan grande».
10 Cuando los enviados regresaron a la casa,
encontraron sano al esclavo.

Jesús resucita al hijo de la viuda de Naín

11 Poco después, Jesús fue a una ciudad
llamada Naín. Iban con él muchos de sus
discípulos y una gran multitud.
12 Cuando se acercó a la puerta de la ciudad,
sacaban a un muerto, hijo único de su madre,
que era viuda. La acompañaba mucha gente de
la ciudad.
13 Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le
dijo: «No llores».
14 Se acercó y tocó el féretro; los que lo
llevaban se detuvieron. Y dijo: «Joven, a ti te
digo: levántate».
15 El muerto se incorporó y comenzó a hablar,
y Jesús se lo entregó a su madre.
16 El temor se apoderó de todos y glorificaban
a Dios, diciendo: «¡Un gran profeta se ha
levantado entre nosotros!», y: «¡Dios ha visitado
a su pueblo!».
17 Estas noticias acerca de él se extendieron
por toda Judea y por toda la región de alrededor.

Los mensajeros de Juan el Bautista
Relato paralelo: Mateo 11:2–19

18 Los discípulos de Juan le contaron todas
estas cosas. Entonces Juan llamó a dos de sus
discípulos
19 y los envió al Señor a preguntarle: «¿Eres tú
el que viene, o debemos esperar a otro?».
20 Cuando llegaron a él, los hombres dijeron:
«Juan el Bautista nos ha enviado a ti para
preguntarte: “¿Eres tú el que viene, o debemos
esperar a otro?”».

21 En aquella misma hora sanó a muchos de
enfermedades, dolencias y espíritus malos, y
concedió la vista a muchos ciegos.
22 Les respondió: «Vayan y cuenten a Juan lo
que han visto y oído: los ciegos recuperan la
vista, los cojos caminan, los leprosos quedan
limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y
a los pobres se les anuncian buenas noticias.
23 Y dichoso el que no tropieza por causa de
mí».
24 Cuando se fueron los mensajeros de Juan,
Jesús comenzó a hablar a las multitudes acerca
de Juan: «¿Qué salieron a contemplar en el
desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
25 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un hombre
vestido con ropa delicada? Miren, los que llevan
ropa espléndida y viven en el lujo están en los
palacios.
26 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un profeta?
Sí, les digo, y más que un profeta.
27 Este es de quien está escrito: "Mira, envío a
mi mensajero delante de ti, quien preparará tu
camino ante ti".
28 Les digo que, entre los nacidos de mujer, no
hay ningún profeta mayor que Juan; pero el más
pequeño en el reino de Dios es mayor que él».
29 Al oírlo, todo el pueblo, incluidos los
recaudadores de impuestos, reconoció la justicia
de Dios, pues habían recibido el bautismo de
Juan.
30 Pero los fariseos y los expertos en la ley
rechazaron el propósito de Dios para ellos, al no
dejarse bautizar por Juan.

31 «¿A qué compararé, entonces, a la gente de
esta generación? ¿A qué se parecen?
32 Se parecen a niños sentados en la plaza, que
se llaman unos a otros y dicen:
"Les tocamos la flauta y no bailaron;
entonamos lamentos y no lloraron".
33 Porque ha venido Juan el Bautista, que no
come pan ni bebe vino, y ustedes dicen: "Tiene
un demonio".
34 Ha venido el Hijo del Hombre, que come y
bebe, y ustedes dicen: "Miren, un glotón y un
bebedor, amigo de recaudadores de impuestos y
pecadores".
35 Pero la sabiduría queda justificada por
todos sus hijos».

Jesús en el hogar de Simón el fariseo

36 Uno de los fariseos le pidió que comiera con
él. Jesús entró en casa del fariseo y se sentó a la
mesa.
37 Una mujer de la ciudad, que era pecadora,
supo que Jesús estaba a la mesa en casa del
fariseo y llevó un frasco de alabastro con
perfume.
38 Se puso detrás de él, a sus pies, llorando, y
comenzó a mojárselos con sus lágrimas. Se los
secaba con el cabello, le besaba los pies y se los
ungía con el perfume.
39 Al verlo, el fariseo que lo había invitado
pensó: «Si este fuera profeta, sabría quién es y
qué clase de mujer es la que lo toca: es una
pecadora».

40 Jesús le dijo: «Simón, tengo algo que
decirte». Él respondió: «Di, Maestro».
41 «Un prestamista tenía dos deudores: uno le
debía quinientas piezas de plata y el otro
cincuenta.
42 Como no tenían con qué pagar, les perdonó
la deuda a los dos. ¿Cuál de ellos, entonces, lo
amará más?».
43 Simón respondió: «Supongo que aquel a
quien más perdonó». Él le dijo: «Has juzgado
correctamente».
44 Volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón:
«¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me
diste agua para los pies, pero ella me ha mojado
los pies con sus lágrimas y los ha secado con su
cabello.
45 No me diste un beso, pero ella, desde que
entré, no ha dejado de besarme los pies.
46 No ungiste mi cabeza con aceite, pero ella
ha ungido mis pies con perfume.
47 Por eso te digo: sus muchos pecados han
sido perdonados, pues ha amado mucho; pero
aquel a quien poco se le perdona, poco ama».
48 Luego le dijo a ella: «Tus pecados han sido
perdonados».
49 Los que estaban con él a la mesa
comenzaron a decirse: «¿Quién es este que hasta
perdona pecados?».
50 Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado;
vete en paz».

8

Mujeres que sirven a Jesús

1 Después de esto, Jesús recorría ciudades y
aldeas, proclamando y anunciando las buenas
noticias del reino de Dios. Lo acompañaban los
Doce
2 y algunas mujeres que habían sido sanadas
de espíritus malos y de enfermedades: María,
llamada Magdalena, de quien habían salido siete
demonios;
3 Juana, esposa de Chuza, administrador de
Herodes; Susana y muchas otras, que les servían
con sus propios bienes.

Parábola del sembrador
Relatos paralelos: Mateo 13:1–23; Marcos 4:1–20

4 Cuando se reunió una gran multitud y acudía
a él gente de cada ciudad, les habló por medio de
una parábola:
5 «El sembrador salió a sembrar su semilla.
Mientras sembraba, una parte cayó junto al
camino; fue pisoteada y las aves del cielo se la
comieron.
6 Otra parte cayó sobre la roca y, después de
brotar, se secó por falta de humedad.
7 Otra cayó entre espinos; los espinos
crecieron con ella y la ahogaron.
8 Y otra cayó en buena tierra; brotó y produjo
fruto al ciento por uno». Al decir esto,
exclamaba: «El que tenga oídos para oír, que
oiga».
9 Sus discípulos le preguntaban qué significaba
esta parábola.
10 Él dijo: «A ustedes se les ha concedido
conocer los misterios del reino de Dios; pero a

los demás se les habla en parábolas, para que
viendo no vean y oyendo no entiendan.

Explicación de la parábola del sembrador

11 La parábola es esta: la semilla es la palabra
de Dios.
12 Los de junto al camino son los que han oído;
luego viene el diablo y quita la palabra de su
corazón, para que no crean ni se salven.
13 Los de sobre la roca son los que, cuando
oyen, reciben la palabra con alegría, pero no
tienen raíz. Creen por un tiempo y, en el
momento de la prueba, se apartan.
14 Lo que cayó entre espinos son los que han
oído, pero, al seguir su camino, son ahogados
por las preocupaciones, las riquezas y los
placeres de la vida, y no llegan a dar fruto
maduro.
15 Lo que cayó en buena tierra son los que
oyen la palabra con corazón noble y bueno, la
retienen y dan fruto con perseverancia.

Nada oculto que no haya de ser manifestado
Enseñanza relacionada: Marcos 4:21–25

16 Nadie enciende una lámpara y la cubre con
una vasija o la pone debajo de una cama; la
pone en un candelero para que quienes entren
vean la luz.
17 Porque nada hay oculto que no llegue a
manifestarse, ni escondido que no llegue a
conocerse y a salir a la luz.
18 Por eso, presten atención a cómo escuchan.
Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene
se le quitará hasta lo que cree tener».

La madre y los hermanos de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 12:46–50; Marcos 3:31–35

19 Su madre y sus hermanos fueron a verlo,
pero no podían llegar hasta él por causa de la
multitud.
20 Le avisaron: «Tu madre y tus hermanos
están de pie afuera y quieren verte».
21 Él les respondió: «Mi madre y mis hermanos
son los que escuchan la palabra de Dios y la
ponen en práctica».

Jesús calma la tempestad
Relatos paralelos: Mateo 8:23–27; Marcos 4:35–41

22 Un día subió a una barca con sus discípulos
y les dijo: «Crucemos a la otra orilla del lago». Y
zarparon.
23 Mientras navegaban, él se durmió. Una
tempestad de viento se abatió sobre el lago; la
barca se llenaba de agua y estaban en peligro.
24 Se acercaron y lo despertaron, diciendo:
«¡Maestro, Maestro, perecemos!». Él se despertó,
reprendió al viento y al oleaje, y estos cesaron; y
se hizo la calma.
25 Les dijo: «¿Dónde está su fe?». Ellos, llenos
de miedo y asombro, se decían unos a otros:
«¿Quién es este, que manda incluso a los vientos
y al agua, y lo obedecen?».

Jesús libera a un hombre en la región de los gerasenos
Relatos paralelos: Mateo 8:28–34; Marcos 5:1–20

26 Navegaron hasta la región de los gerasenos,
que está frente a Galilea.
27 Cuando Jesús bajó a tierra, le salió al
encuentro un hombre de la ciudad que tenía
demonios. Hacía mucho tiempo que no vestía
ropa y no vivía en una casa, sino en los
sepulcros.
28 Al ver a Jesús, gritó, se postró ante él y dijo
con voz fuerte: «¿Qué tienes que ver conmigo,
Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no
me atormentes».
29 Porque Jesús mandaba al espíritu impuro
que saliera del hombre. Muchas veces se había
apoderado de él, y lo sujetaban con cadenas y
grilletes para custodiarlo; pero él rompía las
ataduras y era llevado por el demonio a lugares
desiertos.
30 Jesús le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Él
respondió: «Legión», porque habían entrado en
él muchos demonios.
31 Y le rogaban que no les ordenara irse al
abismo.
32 Había allí una gran manada de cerdos que
pastaba en el monte. Le rogaron que les
permitiera entrar en ellos, y él se lo permitió.
33 Los demonios salieron del hombre y
entraron en los cerdos. La manada se precipitó
por el despeñadero al lago y se ahogó.
34 Cuando los que los cuidaban vieron lo
sucedido, huyeron y lo contaron en la ciudad y
en los campos.
35 La gente salió a ver lo que había sucedido.
Llegaron a Jesús y encontraron al hombre de

quien habían salido los demonios, sentado a los
pies de Jesús, vestido y en su sano juicio; y
tuvieron miedo.
36 Los que lo habían visto les contaron cómo
había sido salvado el endemoniado.
37 Toda la gente de la región de los gerasenos
le pidió que se alejara de ellos, porque estaban
sobrecogidos de mucho miedo. Él subió a una
barca y regresó.
38 El hombre de quien habían salido los
demonios le rogaba que lo dejara estar con él,
pero Jesús lo despidió, diciendo:
39 «Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que Dios
ha hecho por ti». Él se fue proclamando por toda
la ciudad todo lo que Jesús había hecho por él.

La hija de Jairo, y la mujer que tocó el manto de Jesús
Relatos paralelos: Mateo 9:18–26; Marcos 5:21–43

40 Cuando Jesús regresó, la multitud lo recibió,
porque todos lo estaban esperando.
41 Llegó un hombre llamado Jairo, que era
dirigente de la sinagoga. Cayó a los pies de Jesús
y le rogaba que entrara en su casa,
42 porque tenía una hija única, de unos doce
años, que se estaba muriendo. Mientras Jesús
iba, las multitudes lo apretujaban.
43 Una mujer padecía de flujo de sangre desde
hacía doce años. Aunque había gastado en
médicos todos sus medios de vida, nadie había
podido sanarla.

44 Se acercó por detrás y tocó el borde de su
manto. Al instante se detuvo su flujo de sangre.
45 Jesús preguntó: «¿Quién me ha tocado?».
Como todos lo negaban, Pedro y los que estaban
con él dijeron: «Maestro, las multitudes te
rodean y te aprietan».
46 Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado,
porque he percibido que ha salido poder de mí».
47 La mujer, al ver que no había pasado
inadvertida, se acercó temblando y cayó ante él.
Delante de todo el pueblo contó por qué lo había
tocado y cómo había sido sanada al instante.
48 Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en
paz».
49 Mientras todavía hablaba, llegó uno de casa
del dirigente de la sinagoga, diciendo: «Tu hija
ha muerto; no molestes más al Maestro».
50 Al oírlo, Jesús le respondió: «No temas; solo
cree, y será salva».
51 Cuando llegó a la casa, no dejó entrar a
nadie con él, excepto a Pedro, a Juan, a Jacobo y
al padre y a la madre de la niña.
52 Todos lloraban y se lamentaban por ella. Él
dijo: «No lloren, porque no ha muerto, sino que
duerme».
53 Ellos se burlaban de él, porque sabían que
había muerto.
54 Pero él la tomó de la mano y exclamó:
«¡Niña, levántate!».
55 Su espíritu volvió y se levantó al instante.
Jesús mandó que le dieran de comer.
56 Sus padres quedaron asombrados, pero él
les ordenó que no contaran a nadie lo sucedido.

9

Misión de los doce discípulos
Relatos paralelos: Mateo 10:1–15; Marcos 6:7–13

1 Jesús reunió a los Doce y les dio poder y
autoridad sobre todos los demonios y para sanar
enfermedades.
2 Los envió a proclamar el reino de Dios y a
sanar a los enfermos.
3 Les dijo: «No lleven nada para el camino: ni
bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero; tampoco
tengan dos túnicas cada uno.
4 En cualquier casa donde entren, quédense
allí y salgan desde allí.
5 A los que no los reciban, al salir de aquella
ciudad sacúdanse el polvo de los pies, como
testimonio contra ellos».
6 Ellos salieron y recorrían las aldeas,
anunciando las buenas noticias y sanando por
todas partes.

Herodes se pregunta quién es Jesús
Relatos relacionados: Mateo 14:1–12; Marcos 6:14–29

7 Herodes el tetrarca oyó todo lo que sucedía y
estaba perplejo, porque algunos decían que Juan
había resucitado de entre los muertos;
8 otros, que Elías había aparecido; y otros, que
había resucitado uno de los antiguos profetas.
9 Herodes dijo: «A Juan lo decapité yo; ¿quién
es, entonces, este de quien oigo tales cosas?». Y
procuraba verlo.

Alimentación de los cinco mil
Relatos paralelos: Mateo 14:13–21; Marcos 6:30–44; Juan 6:1–14

10 Cuando los apóstoles regresaron, le
contaron todo lo que habían hecho. Él los llevó
consigo y se retiró a solas a una ciudad llamada
Betsaida.
11 Las multitudes se enteraron y lo siguieron.
Él las recibió, les hablaba del reino de Dios y
sanaba a los que necesitaban curación.
12 El día comenzaba a declinar. Los Doce se
acercaron y le dijeron: «Despide a la multitud
para que vaya a las aldeas y campos de
alrededor a alojarse y conseguir alimentos,
porque aquí estamos en un lugar desierto».
13 Él les dijo: «Denles ustedes de comer». Ellos
respondieron: «No tenemos más que cinco
panes y dos peces, a menos que vayamos
nosotros a comprar comida para toda esta
gente».
14 Porque había unos cinco mil hombres. Él
dijo a sus discípulos: «Háganlos sentar en grupos
de unos cincuenta».
15 Así lo hicieron y los sentaron a todos.
16 Jesús tomó los cinco panes y los dos peces,
levantó la mirada al cielo, los bendijo, los partió
y se los iba dando a los discípulos para que los
sirvieran a la multitud.
17 Todos comieron y quedaron satisfechos, y
recogieron doce canastas de los pedazos que les
sobraron.

La confesión de Pedro
Relatos paralelos: Mateo 16:13–20; Marcos

8:27–30

18 Un día, mientras Jesús oraba aparte,
estaban con él los discípulos. Les preguntó:
«¿Quién dicen las multitudes que soy yo?».
19 Ellos respondieron: «Juan el Bautista; otros,
Elías; y otros, que ha resucitado uno de los
antiguos profetas».
20 Él les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que
soy yo?». Pedro respondió: «El Cristo de Dios».

Jesús anuncia su muerte y resurrección
Relatos paralelos: Mateo 16:21–28; Marcos 8:31–38; Marcos 9:1

21 Pero él les ordenó con firmeza que no
dijeran esto a nadie,
22 diciendo: «El Hijo del Hombre debe sufrir
mucho, ser rechazado por los ancianos, los
principales sacerdotes y los escribas, ser muerto
y resucitar al tercer día».

El costo de seguir a Jesús

23 Y decía a todos: «Si alguien quiere venir en
pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su
cruz cada día y me siga.
24 Porque quien quiera salvar su vida la
perderá; pero quien pierda su vida por causa de
mí la salvará.
25 ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo
entero si se destruye o se pierde a sí mismo?
26 Porque quien se avergüence de mí y de mis
palabras, de él se avergonzará el Hijo del
Hombre cuando venga en su gloria y en la del
Padre y de los santos ángeles.

27 Les digo con verdad que algunos de los que
están aquí no probarán la muerte hasta que
vean el reino de Dios».

La transfiguración
Relatos paralelos: Mateo 17:1–8; Marcos 9:2–8

28 Unos ocho días después de estas palabras,
tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo y subió al monte
a orar.
29 Mientras oraba, el aspecto de su rostro
cambió y su ropa se volvió blanca y
resplandeciente.
30 Y dos hombres conversaban con él: eran
Moisés y Elías,
31 que aparecieron en gloria y hablaban de su
partida, que él iba a cumplir en Jerusalén.
32 Pedro y los que estaban con él estaban
cargados de sueño; pero, cuando estuvieron
bien despiertos, vieron su gloria y a los dos
hombres que estaban con él.
33 Cuando ellos se separaban de Jesús, Pedro le
dijo: «Maestro, qué bueno es que estemos aquí.
Hagamos tres enramadas: una para ti, una para
Moisés y una para Elías». No sabía lo que decía.
34 Mientras decía esto, vino una nube y los
cubría con su sombra. Ellos tuvieron miedo al
entrar en la nube.
35 De la nube salió una voz que decía: «Este es
mi Hijo, el Elegido; escúchenlo».
36 Cuando vino la voz, Jesús quedó solo. Ellos
guardaron silencio y, en aquellos días, no
contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Jesús sana a un muchacho endemoniado
Relatos paralelos: Mateo 17:14–21; Marcos 9:14–29

37 Al día siguiente, cuando bajaron del monte,
una gran multitud salió al encuentro de Jesús.
38 Un hombre de la multitud gritó: «Maestro, te
ruego que mires a mi hijo, porque es el único
que tengo.
39 Un espíritu se apodera de él y de repente
grita; lo sacude con violencia, haciéndolo echar
espuma, y apenas se aparta de él, dejándolo
maltrecho.
40 Les rogué a tus discípulos que lo expulsaran,
pero no pudieron».
41 Jesús respondió: «¡Generación incrédula y
perversa! ¿Hasta cuándo estaré con ustedes y
tendré que soportarlos? Trae aquí a tu hijo».
42 Mientras el muchacho todavía se acercaba,
el demonio lo arrojó al suelo y lo sacudió
violentamente. Pero Jesús reprendió al espíritu
impuro, sanó al muchacho y se lo devolvió a su
padre.
43 Todos se asombraban de la grandeza de
Dios. Mientras todos se maravillaban de todo lo
que hacía, dijo a sus discípulos:

Jesús anuncia otra vez su muerte
Relatos paralelos: Mateo 17:22–23; Marcos 9:30–32

44 «Presten mucha atención a estas palabras: el
Hijo del Hombre va a ser entregado en manos
de hombres».
45 Pero ellos no entendían estas palabras; su
sentido les estaba oculto, para que no lo

comprendieran, y tenían miedo de preguntarle
acerca de ellas.

¿Quién es el mayor?
Relatos paralelos: Mateo 18:1–5; Marcos 9:33–37

46 Surgió entre ellos una discusión sobre quién
de ellos sería el mayor.
47 Jesús, que conocía los pensamientos de su
corazón, tomó a un niño, lo puso a su lado
48 y les dijo: «Quien reciba a este niño en mi
nombre, me recibe a mí; y quien me reciba a mí,
recibe al que me envió. Porque el más pequeño
entre todos ustedes, ese es grande».

Jesús corrige a Juan
Relato paralelo: Marcos 9:38–40

49 Juan respondió: «Maestro, vimos a uno que
expulsaba demonios en tu nombre y tratábamos
de impedírselo, porque no sigue con nosotros».
50 Jesús le dijo: «No se lo impidan, porque
quien no está contra ustedes está a favor de
ustedes».

Jesús reprende a Jacobo y a Juan

51 Cuando se acercaba el tiempo en que sería
llevado al cielo, Jesús tomó la firme decisión de
ir a Jerusalén.
52 Envió mensajeros delante de él. Ellos fueron
y entraron en una aldea de samaritanos para
hacerle preparativos.
53 Pero no lo recibieron, porque iba camino de
Jerusalén.

54 Al verlo, los discípulos Jacobo y Juan dijeron:
«Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del
cielo para que los consuma?».
55 Él se volvió y los reprendió.
56 Y se fueron a otra aldea.

Los que querían seguir a Jesús
Mateo 8:18–22

57 Mientras iban por el camino, uno le dijo:
«Te seguiré adondequiera que vayas».
58 Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas y
las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del
Hombre no tiene dónde recostar la cabeza».
59 Dijo a otro: «Sígueme». Él respondió:
«Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi
padre».
60 Él le dijo: «Deja que los muertos entierren a
sus propios muertos; tú ve y anuncia el reino de
Dios».
61 Otro dijo: «Te seguiré, Señor; pero
permíteme despedirme primero de los de mi
casa».
62 Jesús dijo: «Nadie que pone la mano en el
arado y mira atrás es apto para el reino de Dios».

10

Misión de los setenta y dos

1 Después de esto, el Señor designó también a
otros setenta y dos, y los envió de dos en dos
delante de él a toda ciudad y lugar adonde él iba
a ir.
2 Les decía: «La cosecha es abundante, pero
los obreros son pocos. Rueguen, pues, al Señor
de la cosecha que envíe obreros a su cosecha.

3 Vayan; miren que los envío como corderos
en medio de lobos.
4 No lleven bolsa de dinero, ni bolsa de viaje,
ni sandalias, y no saluden a nadie por el camino.
5 En cualquier casa donde entren, digan
primero: “Paz a esta casa”.
6 Si hay allí un hijo de paz, la paz de ustedes
reposará sobre él; si no, volverá a ustedes.
7 Permanezcan en esa misma casa, comiendo
y bebiendo lo que les den, porque el obrero es
digno de su salario. No vayan de casa en casa.
8 En cualquier ciudad donde entren y los
reciban, coman lo que les pongan delante.
9 Sanen a los enfermos que haya en ella y
díganles: “El reino de Dios se ha acercado a
ustedes”.
10 Pero en cualquier ciudad donde entren y no
los reciban, salgan a sus calles y digan:
11 “Hasta el polvo de su ciudad que se nos ha
pegado a los pies lo sacudimos contra ustedes.
Sin embargo, sepan esto: el reino de Dios se ha
acercado”.
12 Les digo que en aquel día será más tolerable
para Sodoma que para aquella ciudad.

Ayes sobre las ciudades impenitentes
Mateo 11:20–24

13 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque
si en Tiro y en Sidón hubieran ocurrido los
milagros que han ocurrido entre ustedes, hace
tiempo se habrían arrepentido, sentados en tela
áspera y ceniza.
14 Sin embargo, en el juicio será más tolerable
para Tiro y Sidón que para ustedes.

15 Y tú, Capernaúm, ¿acaso serás elevada hasta
el cielo? Serás hundida hasta el Hades.
16 El que los escucha a ustedes me escucha a
mí; el que los rechaza a ustedes me rechaza a
mí; y el que me rechaza a mí rechaza al que me
envió».

Regreso de los setenta y dos

17 Los setenta y dos regresaron con alegría y
dijeron: «Señor, hasta los demonios se nos
someten en tu nombre».
18 Él les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo
como un relámpago.
19 Miren, les he dado autoridad para pisar
serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder
del enemigo; y nada les hará daño.
20 Pero no se alegren de que los espíritus se les
sometan; alégrense de que sus nombres están
escritos en los cielos».

Jesús se regocija
Mateo 11:25–27; Mateo 13:16–17

21 En esa misma hora se llenó de gozo en el
Espíritu Santo y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del
cielo y de la tierra, porque has ocultado estas
cosas a los sabios y entendidos y las has revelado
a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó».
22 «Todo me ha sido entregado por mi Padre.
Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni
quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el
Hijo quiera revelarlo».
23 Volviéndose hacia los discípulos, les dijo en
privado: «Dichosos los ojos que ven lo que
ustedes ven,

24 porque les digo que muchos profetas y reyes
desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron, y
oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron».

El buen samaritano

25 Entonces un experto en la ley se levantó
para ponerlo a prueba y preguntó: «Maestro,
¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?».
26 Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley?
¿Cómo lo lees?».
27 Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con
todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus
fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como
a ti mismo».
28 Él le dijo: «Has respondido correctamente.
Haz esto y vivirás».
29 Pero él, queriendo justificarse, le preguntó a
Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?».
30 Jesús respondió: «Un hombre bajaba de
Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos
ladrones. Lo despojaron, lo golpearon y se
fueron, dejándolo medio muerto.
31 Por casualidad, un sacerdote bajaba por
aquel camino y, al verlo, pasó de largo por el
otro lado.
32 Del mismo modo, un levita llegó al lugar y,
al verlo, pasó de largo por el otro lado.
33 Pero un samaritano que iba de viaje llegó
adonde él estaba y, al verlo, se compadeció.
34 Se acercó y vendó sus heridas, echándoles
aceite y vino. Luego lo montó sobre su propia
cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él.

35 Al día siguiente sacó dos monedas de plata,
se las dio al posadero y le dijo: “Cuida de él; y
todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré
cuando regrese”.
36 ¿Cuál de estos tres te parece que se hizo
prójimo del que cayó en manos de los ladrones?».
37 Él respondió: «El que tuvo misericordia de
él». Entonces Jesús le dijo: «Ve y haz tú lo
mismo».

Jesús visita a Marta y a María

38 Mientras iban de camino, él entró en una
aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió.
39 Ella tenía una hermana llamada María, que
se sentó a los pies de Jesús y escuchaba su
palabra.
40 Pero Marta estaba distraída con las muchas
tareas del servicio. Se acercó y dijo: «Señor, ¿no
te importa que mi hermana me haya dejado sola
para servir? Dile, pues, que me ayude».
41 El Señor le respondió: «Marta, Marta, te
preocupas y te inquietas por muchas cosas,
42 pero se necesitan pocas cosas, o una sola.
María ha escogido la buena parte, y no le será
quitada».

11

Jesús y la oración
Mateo 6:9–15; Mateo 7:7–11

1 Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando
terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor,
enséñanos a orar, como también Juan enseñó a
sus discípulos».

2 Él les dijo: «Cuando oren, digan: “Padre,
santificado sea tu nombre; venga tu reino.
3 Danos cada día nuestro pan necesario.
4 Perdónanos nuestros pecados, porque
también nosotros perdonamos a todo el que nos
debe; y no nos lleves a la tentación”».

5 También les dijo: «¿Quién de ustedes tiene un
amigo y va a él a medianoche y le dice: “Amigo,
préstame tres panes,
6 porque un amigo mío ha llegado de viaje y
no tengo qué ofrecerle”,
7 y aquel le responde desde adentro: “No me
molestes. La puerta ya está cerrada y mis niños
están conmigo en la cama; no puedo levantarme
a dártelos”?
8 Les digo que, aunque no se levante a dárselos
por ser su amigo, por su insistencia se levantará
y le dará cuanto necesite.

9 Yo les digo: pidan y se les dará; busquen y
encontrarán; llamen y se les abrirá.
10 Porque todo el que pide recibe, el que busca
encuentra y al que llama se le abrirá.
11 ¿Qué padre de ustedes, si su hijo le pide pan,
le dará una piedra? ¿O, si le pide un pescado, le
dará una serpiente en lugar del pescado?
12 ¿O, si le pide un huevo, le dará un
escorpión?
13 Pues si ustedes, siendo malos, saben dar
buenos regalos a sus hijos, ¡cuánto más el Padre
del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo
pidan!».

Una casa dividida contra sí misma
Mateo 12:22–30; Marcos 3:20–27

14 Jesús estaba expulsando a un demonio
mudo. Cuando el demonio salió, el mudo habló
y las multitudes se asombraron.
15 Pero algunos de ellos dijeron: «Expulsa los
demonios por medio de Beelzebul, el príncipe de
los demonios».
16 Otros, para ponerlo a prueba, le pedían una
señal del cielo.
17 Él conocía sus pensamientos y les dijo:
«Todo reino dividido contra sí mismo queda
devastado, y una casa cae sobre otra.
18 Si también Satanás está dividido contra sí
mismo, ¿cómo se mantendrá en pie su reino?
Porque ustedes dicen que yo expulso los
demonios por medio de Beelzebul.
19 Si yo expulso los demonios por medio de
Beelzebul, ¿por medio de quién los expulsan sus
hijos? Por eso ellos serán sus jueces.
20 Pero si yo expulso los demonios por el dedo
de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a
ustedes.
21 Cuando un hombre fuerte y bien armado
custodia su residencia, sus bienes están seguros.
22 Pero cuando viene uno más fuerte que él y
lo vence, le quita todas las armas en las que
confiaba y reparte su botín.
23 El que no está conmigo está contra mí, y el
que no recoge conmigo, desparrama.

El espíritu inmundo que vuelve
Mateo 12:43–45

24 Cuando el espíritu impuro sale de una
persona, recorre lugares secos buscando
descanso. Como no lo encuentra, dice: “Volveré
a mi casa de donde salí”.
25 Cuando llega, la encuentra barrida y
arreglada.
26 Entonces va y toma otros siete espíritus
peores que él; entran y se instalan allí, y el
estado final de aquella persona resulta peor que
el primero».

Los que en verdad son bienaventurados

27 Mientras decía estas cosas, una mujer de la
multitud levantó la voz y le dijo: «¡Dichoso el
vientre que te llevó y los pechos que mamaste!».
28 Pero él dijo: «Más bien, dichosos los que
escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

La generación perversa demanda señal
Mateo 12:38–42

29 Mientras las multitudes se aglomeraban,
comenzó a decir: «Esta generación es una
generación malvada. Pide una señal, pero no se
le dará otra señal que la de Jonás.
30 Porque así como Jonás fue una señal para
los ninivitas, así también lo será el Hijo del
Hombre para esta generación.
31 La reina del Sur se levantará en el juicio con
los hombres de esta generación y los condenará,
porque vino desde los confines de la tierra para
escuchar la sabiduría de Salomón. Y miren, aquí
hay algo más que Salomón.
32 Los hombres de Nínive se levantarán en el
juicio con esta generación y la condenarán,

porque se arrepintieron ante la proclamación de
Jonás. Y miren, aquí hay algo más que Jonás.

La lámpara del cuerpo
Mateo 6:22–23

33 Nadie enciende una lámpara y la pone en un
lugar escondido o debajo de una canasta, sino
sobre el candelero, para que quienes entren
vean su luz.
34 La lámpara del cuerpo es tu ojo. Cuando tu
ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado;
pero cuando está enfermo, tu cuerpo está
oscuro.
35 Por eso, cuida de que la luz que hay en ti no
sea oscuridad.
36 Si todo tu cuerpo está iluminado y no tiene
ninguna parte oscura, estará completamente
iluminado, como cuando una lámpara te
alumbra con su resplandor».

Jesús acusa a fariseos y a intérpretes de la ley
Enseñanzas relacionadas: Mateo 23:1–36;
Marcos 12:38–40; Lucas 20:45–47

37 Cuando terminó de hablar, un fariseo lo
invitó a comer con él. Jesús entró y se sentó a la
mesa.
38 El fariseo se asombró al ver que no se había
lavado antes de comer.
39 El Señor le dijo: «Ustedes, los fariseos,
limpian por fuera el vaso y el plato, pero por
dentro están llenos de rapiña y maldad.
40 ¡Insensatos! ¿Acaso el que hizo lo de afuera
no hizo también lo de adentro?
41 Más bien, den como limosna lo que hay
dentro, y miren, todo estará limpio para ustedes.

42 Pero ¡ay de ustedes, fariseos! Porque dan el
diezmo de la menta, de la ruda y de toda
hortaliza, pero pasan por alto la justicia y el
amor de Dios. Debían practicar estas cosas sin
descuidar aquellas.
43 ¡Ay de ustedes, fariseos! Porque aman los
primeros asientos en las sinagogas y los saludos
en las plazas.
44 ¡Ay de ustedes! Porque son como sepulcros
que no se ven, y la gente camina sobre ellos sin
saberlo».
45 Uno de los expertos en la ley le respondió:
«Maestro, al decir estas cosas también nos
insultas a nosotros».
46 Él dijo: «¡Ay también de ustedes, expertos en
la ley! Porque cargan a la gente con cargas
difíciles de llevar, pero ustedes no las tocan ni
con uno de sus dedos.
47 ¡Ay de ustedes! Porque construyen los
sepulcros de los profetas, pero sus antepasados
los mataron.
48 Así que son testigos y aprueban las obras de
sus antepasados: ellos los mataron y ustedes
construyen.
49 Por eso también la sabiduría de Dios dijo:
“Les enviaré profetas y apóstoles, y a unos
matarán y a otros perseguirán”,
50 para que a esta generación se le pida cuenta
de la sangre de todos los profetas derramada
desde la fundación del mundo,
51 desde la sangre de Abel hasta la sangre de
Zacarías, que murió entre el altar y el santuario.
Sí, les digo que se le pedirá cuenta a esta

generación.
52 ¡Ay de ustedes, expertos en la ley! Porque
han quitado la llave del conocimiento; ustedes
mismos no entraron y se lo impidieron a los que
entraban».
53 Cuando Jesús salió de allí, los escribas y los
fariseos comenzaron a acosarlo con dureza y a
interrogarlo sobre muchas cosas,
54 acechándolo para atrapar alguna palabra de
su boca.

12

La levadura de los fariseos

1 Entretanto, se había reunido una multitud de
decenas de miles de personas, hasta el punto de
pisotearse unos a otros. Comenzó a decir
primero a sus discípulos: «Cuídense de la
levadura de los fariseos, que es la hipocresía.
2 Nada hay encubierto que no haya de ser
revelado, ni oculto que no haya de ser conocido.
3 Por tanto, todo lo que hayan dicho en la
oscuridad se oirá a la luz, y lo que hayan
susurrado al oído en los cuartos interiores se
proclamará desde las azoteas.

A quién se debe temer
Mateo 10:26–31

4 A ustedes, mis amigos, les digo: no teman a
los que matan el cuerpo y después no pueden
hacer nada más.
5 Les mostraré a quién deben temer: teman a
aquel que, después de matar, tiene autoridad
para arrojar a la Gehena. Sí, les digo, a ese
deben temer.

6 ¿No se venden cinco gorriones por dos
monedas de cobre? Sin embargo, ni uno de ellos
está olvidado delante de Dios.
7 Incluso los cabellos de su cabeza están todos
contados. No teman; ustedes valen más que
muchos gorriones.

La fidelidad a Jesús ante la oposición
Enseñanzas relacionadas: Mateo 10:19–20; Mateo 10:32–33; Mateo 12:31–32

8 Les digo que a todo el que me reconozca
delante de los hombres, también el Hijo del
Hombre lo reconocerá delante de los ángeles de
Dios.
9 Pero el que me niegue delante de los
hombres será negado delante de los ángeles de
Dios.
10 A todo el que diga una palabra contra el
Hijo del Hombre se le perdonará, pero al que
blasfeme contra el Espíritu Santo no se le
perdonará.
11 Cuando los lleven a las sinagogas y ante los
gobernantes y las autoridades, no se preocupen
por cómo o con qué defenderse, ni por lo que
deban decir,
12 porque el Espíritu Santo les enseñará en esa
misma hora lo que deben decir».

El rico insensato

13 Uno de la multitud le dijo: «Maestro, dile a
mi hermano que reparta la herencia conmigo».
14 Él le respondió: «Hombre, ¿quién me ha
puesto como juez o repartidor sobre ustedes?».

15 Y les dijo: «Presten atención y guárdense de
toda avaricia, porque la vida de una persona no
depende de la abundancia de sus posesiones».
16 Les contó esta parábola: «La tierra de un
hombre rico produjo una cosecha abundante.
17 Él pensaba para sí: "¿Qué haré? No tengo
dónde guardar mis frutos".
18 Y dijo: "Esto haré: derribaré mis graneros y
construiré otros más grandes; allí guardaré todo
el trigo y mis bienes,
19 y le diré a mi alma: 'Alma, tienes muchos
bienes guardados para muchos años. Descansa,
come, bebe y alégrate' ".
20 Pero Dios le dijo: "¡Necio! Esta misma noche
te reclamarán tu alma; y lo que has preparado,
¿de quién será?".
21 Así es el que acumula tesoros para sí y no es
rico para con Dios».

El afán y la ansiedad
Mateo 6:25–34

22 Entonces les dijo a sus discípulos: «Por eso
les digo: no se preocupen por su vida, por lo que
comerán, ni por su cuerpo, por lo que vestirán.
23 Porque la vida es más que el alimento, y el
cuerpo más que la ropa.
24 Consideren a los cuervos: no siembran ni
cosechan, no tienen despensa ni granero, y Dios
los alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las
aves!
25 ¿Quién de ustedes, por mucho que se
preocupe, puede añadir un solo momento a su
vida?

26 Si no pueden hacer ni siquiera lo más
pequeño, ¿por qué se preocupan por lo demás?
27 Consideren cómo crecen los lirios: no
trabajan ni hilan. Pero les digo que ni Salomón,
con toda su gloria, se vistió como uno de ellos.
28 Y si Dios viste así la hierba que hoy está en
el campo y mañana es echada al horno, ¡cuánto
más a ustedes, gente de poca fe!
29 No anden buscando qué comerán ni qué
beberán, ni se mantengan en ansiosa inquietud.
30 Porque los pueblos del mundo buscan todas
estas cosas, pero su Padre sabe que ustedes las
necesitan.
31 Más bien, busquen su reino, y estas cosas
les serán añadidas.

Tesoro en el cielo
Mateo 6:19–21

32 No temas, pequeño rebaño, porque a su
Padre le ha agradado darles el reino.
33 Vendan sus posesiones y den limosna.
Háganse bolsas que no se desgasten, un tesoro
inagotable en los cielos, donde no se acerca el
ladrón ni destruye la polilla.
34 Porque donde está su tesoro, allí estará
también su corazón.

El siervo vigilante
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:42–44;
Marcos 13:33–37

35 Tengan la cintura ceñida y las lámparas
encendidas,
36 y sean como hombres que esperan a que su
señor regrese de la boda, para abrirle enseguida
cuando llegue y llame.

37 Dichosos aquellos esclavos a quienes el
señor encuentre velando cuando llegue. En
verdad les digo que él se ceñirá, los hará sentarse
a la mesa y se acercará a servirles.
38 Y si viene en la segunda vigilia o en la
tercera y los encuentra así, dichosos ellos.
39 Pero sepan esto: si el dueño de la casa
supiera a qué hora viene el ladrón, no dejaría
que forzara la entrada de su casa.
40 También ustedes estén preparados, porque
el Hijo del Hombre viene a la hora que no
esperan».

Responsabilidad de los siervos ante su señor
Mateo 24:45–51

41 Pedro preguntó: «Señor, ¿dices esta parábola
para nosotros o también para todos?».
42 El Señor respondió: «¿Quién es, entonces, el
administrador fiel y prudente a quien su señor
pondrá al frente de su servidumbre para darles
a su tiempo la ración de alimento?
43 Dichoso aquel esclavo a quien su señor, al
llegar, encuentre haciendo así.
44 En verdad les digo que lo pondrá a cargo de
todos sus bienes.
45 Pero si aquel esclavo dice en su corazón: “Mi
señor tarda en venir”, y comienza a golpear a los
criados y a las criadas, a comer, a beber y a
emborracharse,
46 el señor de aquel esclavo llegará un día en
que este no lo espera y a una hora que no sabe;
lo cortará en dos y le asignará su lugar con los
infieles.

47 El esclavo que conocía la voluntad de su
señor y no se preparó ni actuó conforme a su
voluntad recibirá muchos azotes.
48 Pero el que no la conocía e hizo cosas dignas
de azotes recibirá pocos. A todo aquel a quien se
le dio mucho se le exigirá mucho; y a quien le
confiaron mucho le pedirán más.

Jesús, causa de división
Mateo 10:34–36

49 He venido a echar fuego sobre la tierra, ¡y
cuánto deseo que ya estuviera encendido!
50 Pero debo ser bautizado con un bautismo, y
¡cuánto me angustio hasta que se cumpla!
51 ¿Piensan que he venido a dar paz en la
tierra? No, les digo, sino división.
52 Porque desde ahora habrá cinco en una
misma casa divididos, tres contra dos y dos
contra tres.
53 Estarán divididos el padre contra el hijo y el
hijo contra el padre, la madre contra la hija y la
hija contra la madre, la suegra contra su nuera y
la nuera contra la suegra».

Discernir el tiempo de la visita de Jesús
Enseñanzas relacionadas: Mateo 16:1–4; Marcos 8:11–13

54 Decía también a las multitudes: «Cuando
ven una nube que se levanta por el oeste,
enseguida dicen: “Viene lluvia”, y así sucede.
55 Y cuando sopla el viento del sur, dicen:
“Hará calor”, y así sucede.
56 ¡Hipócritas! Saben interpretar el aspecto de
la tierra y del cielo; ¿cómo no saben interpretar
este tiempo?

Arréglate con tu adversario
Mateo 5:25–26

57 ¿Por qué no juzgan también por ustedes
mismos lo que es justo?
58 Cuando vayas con tu adversario ante el
magistrado, esfuérzate por arreglarte con él en el
camino, no sea que te arrastre ante el juez, el
juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta
en la cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allí hasta que
hayas pagado aun el último centavo».

13

Jesús llama al arrepentimiento ante la tragedia

1 En aquel mismo momento llegaron algunos
que le contaron acerca de los galileos cuya
sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios.
2 Él les respondió: «¿Piensan que esos galileos
eran más pecadores que todos los demás
galileos porque han sufrido estas cosas?
3 Les digo que no; pero, si no se arrepienten,
todos perecerán igualmente.
4 O aquellos dieciocho sobre quienes cayó la
torre de Siloé y los mató, ¿piensan que eran más
culpables que todos los demás habitantes de
Jerusalén?
5 Les digo que no; pero, si no se arrepienten,
todos perecerán de la misma manera».

Parábola de la higuera estéril

6 También les decía esta parábola: «Un hombre
tenía una higuera plantada en su viña. Fue a
buscar fruto en ella, pero no lo encontró.

7 Entonces dijo al viñador: “Mira, hace tres
años que vengo buscando fruto en esta higuera
y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué sigue
inutilizando la tierra?”.
8 Él le respondió: “Señor, déjala también este
año, hasta que cave a su alrededor y le eche
estiércol.
9 Si en adelante da fruto, bien; y si no, la
cortarás”».

Jesús sana a una mujer en el día de reposo

10 Jesús enseñaba en una de las sinagogas un
sábado.
11 Había allí una mujer que desde hacía
dieciocho años tenía un espíritu de enfermedad.
Estaba encorvada y no podía enderezarse por
completo.
12 Al verla, Jesús la llamó y le dijo: «Mujer,
quedas libre de tu enfermedad».
13 Puso las manos sobre ella y al instante se
enderezó y glorificaba a Dios.
14 Pero el dirigente de la sinagoga, indignado
porque Jesús había sanado en sábado, decía a la
multitud: «Hay seis días en los que se debe
trabajar. Vengan en esos días para ser sanados,
y no en el día del sábado».
15 El Señor le respondió: «¡Hipócritas! ¿Acaso
cada uno de ustedes no desata en sábado su
buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber?
16 Y a esta, que es hija de Abraham, a quien
Satanás ha tenido atada ya dieciocho años, ¿no
se la debía liberar de esta atadura en el día del
sábado?».

17 Cuando decía estas cosas, todos sus
adversarios quedaban avergonzados, y toda la
multitud se alegraba por todas las obras
gloriosas que él hacía.

Parábola de la semilla de mostaza
Mateo 13:31–32; Marcos 4:30–32

18 Entonces decía: «¿A qué se parece el reino
de Dios? ¿Con qué lo compararé?
19 Se parece a una semilla de mostaza que un
hombre tomó y sembró en su huerto. Creció y se
convirtió en un árbol, y las aves del cielo
anidaron en sus ramas».

Parábola de la levadura
Mateo 13:33

20 Y volvió a decir: «¿Con qué compararé el
reino de Dios?
21 Se parece a la levadura que una mujer tomó
y escondió en tres medidas de harina, hasta que
todo fermentó».

La puerta estrecha
Enseñanzas relacionadas: Mateo 7:13–14; Mateo 7:21–23

22 Jesús recorría ciudades y aldeas enseñando,
mientras iba camino de Jerusalén.
23 Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que
se salvan?». Él les dijo:
24 «Esfuércense por entrar por la puerta
estrecha, porque les digo que muchos tratarán
de entrar y no podrán.
25 Cuando el dueño de la casa se levante y
cierre la puerta, ustedes comenzarán a quedarse
afuera y a llamar a la puerta, diciendo: “Señor,

ábrenos". Pero él les responderá: "No sé de dónde
son".
26 Entonces comenzarán a decir: "Comimos y
bebimos delante de ti, y enseñaste en nuestras
plazas".
27 Pero él les dirá: "No sé de dónde son.
Apártense de mí todos los que practican la
injusticia".
28 Allí habrá llanto y rechinar de dientes,
cuando vean a Abraham, a Isaac, a Jacob y a
todos los profetas en el reino de Dios, mientras
ustedes son echados fuera.
29 Vendrán del oriente y del occidente, del
norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el
reino de Dios.
30 Y miren, hay últimos que serán primeros, y
hay primeros que serán últimos».

Jesús sigue su camino pese a la amenaza de Herodes

31 En aquella misma hora se acercaron unos
fariseos y le dijeron: «Sal y vete de aquí, porque
Herodes quiere matarte».
32 Él les dijo: «Vayan y digan a esa zorra: "Mira,
expulso demonios y hago curaciones hoy y
mañana, y al tercer día habré llegado a mi
término".
33 Sin embargo, debo seguir mi camino hoy,
mañana y pasado mañana, porque no cabe que
un profeta muera fuera de Jerusalén.

Jesús lamenta el rechazo de Jerusalén
Mateo 23:37–39

34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los
profetas y apedreas a los que te son enviados!

¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la
gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas,
y ustedes no quisieron!
35 Miren, su casa les queda abandonada. Les
digo que no me verán hasta que llegue el
momento en que digan: “Bendito el que viene en
el nombre del Señor”».

14

Jesús sana en sábado a un hombre enfermo

1 Un sábado Jesús entró a comer pan en casa
de uno de los dirigentes de los fariseos, y ellos lo
vigilaban.
2 Había delante de él un hombre que padecía
de hidropesía.
3 Jesús preguntó a los expertos en la ley y a los
fariseos: «¿Está permitido sanar en sábado, o
no?».
4 Ellos guardaron silencio. Él tomó al hombre,
lo sanó y lo despidió.
5 Luego les dijo: «¿Quién de ustedes, si su hijo
o su buey cae en un pozo, no lo sacará
enseguida aunque sea sábado?».
6 Y no pudieron responder a estas cosas.

Humildad al recibir un lugar a la mesa

7 Al observar cómo los invitados escogían los
primeros lugares, les decía una parábola:
8 «Cuando alguien te invite a una boda, no te
sientes en el primer lugar, no sea que haya
invitado a alguien más distinguido que tú,

9 y venga el que los invitó a ambos y te diga:
“Cede el lugar a este”. Entonces, con vergüenza,
tendrás que ocupar el último lugar.
10 Más bien, cuando te inviten, ve y siéntate en
el último lugar, para que, cuando venga el que te
invitó, te diga: “Amigo, sube más arriba”.
Entonces recibirás honra delante de todos los
que estén contigo a la mesa.
11 Porque todo el que se enaltece será
humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Una mesa abierta a quienes no pueden corresponder

12 También decía al que lo había invitado:
«Cuando ofrezcas un almuerzo o una cena, no
llames a tus amigos, a tus hermanos, a tus
parientes ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos
te inviten a su vez y recibas así tu recompensa.
13 Más bien, cuando ofrezcas un banquete,
invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos.
14 Serás dichoso porque ellos no tienen con
qué recompensarte; pues se te recompensará en
la resurrección de los justos».

Parábola de la gran cena

Parábola relacionada: Mateo 22:1–14

15 Al oír esto, uno de los que estaban a la mesa
le dijo: «¡Dichoso el que coma pan en el reino de
Dios!».
16 Él le dijo: «Un hombre preparaba una gran
cena e invitó a muchos.
17 A la hora de la cena envió a su esclavo a
decir a los invitados: “Vengan, porque ya está
preparado”.

18 Pero todos, de común acuerdo, comenzaron
a excusarse. El primero le dijo: “He comprado
un campo y necesito salir a verlo. Te ruego que
me excuses”.
19 Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de
bueyes y voy a probarlas. Te ruego que me
excuses”.
20 Y otro dijo: “Me he casado y por eso no
puedo ir”.
21 El esclavo volvió y contó estas cosas a su
señor. Entonces el dueño de la casa se enojó y
dijo a su esclavo: “Sal de prisa a las plazas y
calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, a los
lisiados, a los ciegos y a los cojos”.
22 El esclavo dijo: “Señor, se ha hecho lo que
mandaste y todavía hay lugar”.
23 El señor dijo al esclavo: “Sal a los caminos y
a los cercados, y oblígalos a entrar para que se
llene mi casa.
24 Porque les digo que ninguno de aquellos
hombres que fueron invitados probará mi
cena”».

Lo que cuesta seguir a Cristo

25 Grandes multitudes iban con Jesús. Él se
volvió y les dijo:
26 «Si alguien viene a mí y no aborrece a su
propio padre, a su madre, a su esposa, a sus
hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su
propia vida, no puede ser mi discípulo.
27 Quien viene en pos de mí y no carga su
propia cruz no puede ser mi discípulo.

28 Porque ¿quién de ustedes, si quiere construir
una torre, no se sienta primero a calcular el
costo para ver si tiene con qué terminarla?
29 No sea que ponga los cimientos y no pueda
terminar, y todos los que lo vean comiencen a
burlarse de él,
30 diciendo: “Este hombre comenzó a construir
y no pudo terminar”.
31 ¿O qué rey, al salir a la guerra contra otro
rey, no se sienta primero a considerar si puede
hacer frente con diez mil al que viene contra él
con veinte mil?
32 Si no puede, cuando el otro aún está lejos, le
envía una delegación para pedir condiciones de
paz.
33 Así, pues, cualquiera de ustedes que no
renuncie a todo lo que posee no puede ser mi
discípulo.

Cuando la sal pierde su sabor
Enseñanzas relacionadas: Mateo 5:13; Marcos 9:50

34 La sal es buena; pero, si hasta la sal pierde
su sabor, ¿con qué se la sazonará?
35 No sirve ni para la tierra ni para el montón
de estiércol; la arrojan fuera. El que tenga oídos
para oír, que oiga».

15

Parábola de la oveja perdida
Parábola relacionada: Mateo 18:10–14

1 Todos los cobradores de impuestos y los
pecadores se acercaban a él para escucharlo.

2 Los fariseos y los escribas murmuraban:
«Este recibe a pecadores y come con ellos».
3 Entonces les contó esta parábola:
4 «¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y
pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve
en el desierto y va tras la perdida hasta
encontrarla?
5 Cuando la encuentra, se la pone sobre los
hombros con alegría
6 y, al llegar a casa, reúne a sus amigos y
vecinos y les dice: “Alégrense conmigo, porque
he encontrado mi oveja perdida”.
7 Les digo que de la misma manera habrá más
alegría en el cielo por un pecador que se
arrepiente que por noventa y nueve justos que
no necesitan arrepentirse.

Parábola de la moneda perdida

8 ¿O qué mujer, si tiene diez monedas de plata
y pierde una, no enciende una lámpara, barre la
casa y busca con cuidado hasta encontrarla?
9 Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y
vecinas y les dice: “Alégrense conmigo, porque
he encontrado la moneda que había perdido”.
10 Del mismo modo, les digo, hay alegría
delante de los ángeles de Dios por un pecador
que se arrepiente».

Parábola del hijo pródigo

11 También dijo: «Un hombre tenía dos hijos.
12 El menor le dijo a su padre: “Padre, dame la
parte de los bienes que me corresponde”. Y él les
repartió sus bienes.

13 Pocos días después, el hijo menor reunió
todo y se fue a un país lejano. Allí derrochó sus
bienes viviendo desenfrenadamente.
14 Cuando lo había gastado todo, sobrevino
una gran hambruna en aquel país, y él comenzó
a padecer necesidad.
15 Fue a ponerse al servicio de un ciudadano
de aquel país, quien lo envió a sus campos a
cuidar cerdos.
16 Deseaba llenarse el vientre con las
algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le
daba nada.
17 Entonces, volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos
jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo
aquí me muero de hambre!
18 Me levantaré, iré a mi padre y le diré:
'Padre, he pecado contra el cielo y ante ti.
19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo;
trátame como a uno de tus jornaleros' ".
20 Se levantó y fue a su padre. Cuando todavía
estaba lejos, su padre lo vio y se compadeció;
corrió, se le echó al cuello y lo besó
efusivamente.
21 El hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el
cielo y ante ti. Ya no soy digno de ser llamado tu
hijo".
22 Pero el padre les dijo a sus esclavos:
"Traigan pronto la mejor túnica y vístanlo;
pónganle un anillo en la mano y sandalias en los
pies.
23 Traigan el ternero engordado, mátenlo, y
comamos y celebremos,
24 porque este hijo mío estaba muerto y ha

vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido
encontrado". Y comenzaron a celebrar.

El hermano mayor ante la alegría del padre

25 Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando
regresó y se acercó a la casa, oyó música y
danzas.
26 Llamó a uno de los criados y le preguntó
qué pasaba.
27 Él le respondió: "Tu hermano ha vuelto, y tu
padre ha matado el ternero engordado porque
lo ha recobrado sano".
28 Él se enojó y no quería entrar. Su padre salió
y le rogaba que entrara.
29 Pero él le respondió a su padre: "Mira, llevo
tantos años sirviéndote como esclavo y nunca he
desobedecido una orden tuya; sin embargo,
nunca me has dado un cabrito para celebrar con
mis amigos.
30 Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha
devorado tus bienes con prostitutas, mataste
para él el ternero engordado".
31 Él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y
todo lo mío es tuyo.
32 Pero era necesario celebrar y alegrarnos,
porque este hermano tuyo estaba muerto y ha
vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido
encontrado"».

16

Parábola del mayordomo infiel

1 También decía a los discípulos: «Había un
hombre rico que tenía un administrador. Este
fue acusado ante él de malgastar sus bienes.
2 Lo llamó y le dijo: "¿Qué es esto que oigo
acerca de ti? Rinde cuentas de tu
administración, porque ya no puedes seguir
administrando".
3 El administrador pensó: "¿Qué haré, puesto
que mi amo me quita la administración? No
tengo fuerzas para cavar y me da vergüenza
mendigar.
4 Ya sé lo que haré para que, cuando me
aparten de la administración, me reciban en sus
casas".
5 Llamó uno por uno a los deudores de su amo
y preguntó al primero: "¿Cuánto le debes a mi
amo?".
6 Él respondió: "Cien medidas de aceite". Le
dijo: "Toma tu cuenta, siéntate enseguida y
escribe cincuenta".
7 Luego preguntó a otro: "Y tú, ¿cuánto debes?".
Él respondió: "Cien medidas de trigo". Le dijo:
"Toma tu cuenta y escribe ochenta".
8 El amo elogió al administrador injusto
porque había actuado con astucia. Porque los
hijos de esta era son más astutos en el trato con
los de su propia generación que los hijos de la
luz.

Usar los bienes con fidelidad a Dios

9 Yo les digo: háganse amigos por medio de las
riquezas injustas, para que, cuando estas falten,
los reciban en las moradas eternas.

10 El que es fiel en lo muy poco también es fiel
en lo mucho, y el que es injusto en lo muy poco
también es injusto en lo mucho.
11 Si no han sido fieles en las riquezas injustas,
¿quién les confiará lo verdadero?
12 Y si no han sido fieles en lo ajeno, ¿quién les
dará lo que es de ustedes?
13 Ningún criado puede servir a dos amos:
porque odiará a uno y amará al otro, o se
apegará a uno y despreciará al otro. No pueden
servir a Dios y a las riquezas».

El amor al dinero y la justicia aparente

14 Los fariseos, que amaban el dinero,
escuchaban todas estas cosas y se burlaban de él.
15 Él les dijo: «Ustedes son los que se justifican
delante de la gente, pero Dios conoce su corazón.
Porque lo que la gente tiene por elevado es
abominación delante de Dios.

La ley y el reino de Dios

16 La ley y los profetas llegaron hasta Juan.
Desde entonces se anuncian las buenas noticias
del reino de Dios, y todos se esfuerzan por
entrar en él.
17 Pero es más fácil que pasen el cielo y la
tierra que caiga un solo trazo de la ley.

Jesús enseña sobre el divorcio

Enseñanzas relacionadas: Mateo 19:1–12; Marcos 10:1–12.

18 Todo el que se divorcia de su esposa y se
casa con otra comete adulterio, y el que se casa
con una mujer divorciada de su esposo comete
adulterio.

El rico y Lázaro

19 Había un hombre rico que se vestía de
púrpura y lino fino y cada día celebraba
espléndidamente.
20 Un pobre llamado Lázaro estaba echado
junto a su puerta, cubierto de llagas,
21 y deseaba saciarse con lo que caía de la
mesa del rico. Hasta los perros venían y le
lamían las llagas.
22 El pobre murió y fue llevado por los ángeles
al regazo de Abraham. Murió también el rico y
fue sepultado.
23 En el Hades, en medio de tormentos, levantó
la mirada y vio a Abraham a lo lejos y a Lázaro
en su regazo.
24 Entonces gritó: "Padre Abraham, ten
compasión de mí y envía a Lázaro para que moje
la punta de su dedo en agua y refresque mi
lengua, porque sufro en esta llama".
25 Pero Abraham dijo: "Hijo, recuerda que
recibiste tus bienes durante tu vida, y Lázaro, en
cambio, males. Ahora él es consolado aquí y tú
sufres.
26 Además de todo esto, hay un gran abismo
establecido entre nosotros y ustedes, de modo
que los que quieran pasar de aquí hacia ustedes
no puedan, ni puedan cruzar de allá hacia
nosotros".
27 Él dijo: "Entonces te ruego, padre, que lo
envíes a la casa de mi padre,
28 porque tengo cinco hermanos, para que les
advierta y no vengan también ellos a este lugar
de tormento".

29 Abraham dijo: “Tienen a Moisés y a los
profetas; que los escuchen”.
30 Él respondió: “No, padre Abraham; pero si
alguno de entre los muertos va a ellos, se
arrepentirán”.
31 Abraham le dijo: “Si no escuchan a Moisés y
a los profetas, tampoco se dejarán convencer
aunque alguien resucite de entre los muertos”».

17

El cuidado mutuo y el perdón
Enseñanzas relacionadas: Mateo 18:6–7; Mateo 18:21–22; Marcos 9:42.

1 Jesús dijo a sus discípulos: «Es inevitable que
vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel por quien
vienen!
2 Más le valdría que le pusieran al cuello una
piedra de molino y lo arrojaran al mar que
hacer tropezar a uno de estos pequeños.
3 Cuídense de ustedes mismos. Si tu hermano
peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo.
4 Si peca contra ti siete veces al día y siete
veces vuelve a ti diciendo: “Me arrepiento”,
perdónalo».

La confianza en el poder de Dios

5 Los apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos
la fe».
6 El Señor dijo: «Si tuvieran fe como una
semilla de mostaza, dirían a esta morera:
“Desarráigate y plántate en el mar”, y les
obedecería.

Servir a Dios sin reclamar méritos

7 ¿Quién de ustedes, si tiene un esclavo arando
o pastoreando, le dice cuando vuelve del campo:
“Pasa enseguida y siéntate a la mesa”?
8 ¿No le dirá más bien: “Prepárame la cena,
cíñete y sírveme mientras como y bebo; después
comerás y beberás tú”?
9 ¿Acaso le da las gracias al esclavo porque
hizo lo que se le había mandado?
10 Así también ustedes, cuando hayan hecho
todo lo que se les ha mandado, digan: “Somos
esclavos inútiles; hemos hecho lo que debíamos
hacer”».

Diez leprosos son limpiados

11 Mientras iba a Jerusalén, Jesús pasaba entre
Samaria y Galilea.
12 Al entrar en una aldea, le salieron al
encuentro diez hombres leprosos, que se
quedaron a cierta distancia
13 y levantaron la voz, diciendo: «¡Jesús,
Maestro, ten compasión de nosotros!».
14 Al verlos, les dijo: «Vayan y preséntense ante
los sacerdotes». Y mientras iban quedaron
limpios.
15 Uno de ellos, al ver que había sido sanado,
volvió glorificando a Dios con voz fuerte.
16 Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le
daba gracias. Él era samaritano.
17 Jesús preguntó: «¿No quedaron limpios los
diez? ¿Dónde están los otros nueve?
18 ¿No se encontró a nadie que volviera a dar
gloria a Dios, sino a este extranjero?».

19 Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha
salvado».

La venida del Reino

20 Los fariseos le preguntaron cuándo venía el
reino de Dios. Él les respondió: «El reino de Dios
no viene de un modo que pueda observarse.
21 Tampoco dirán: "Miren, aquí está", o: "Allí
está". Porque miren, el reino de Dios está entre
ustedes».

La manifestación del Hijo del Hombre
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:23–28; Mateo 24:36–41.

22 Dijo a los discípulos: «Vendrán días en que
desearán ver uno de los días del Hijo del
Hombre y no lo verán.
23 Les dirán: "Miren, allí está", o: "Miren, aquí
está". No vayan ni los sigan.
24 Porque así como el relámpago, al destellar,
ilumina desde un extremo del cielo hasta el otro,
así será el Hijo del Hombre en su día.
25 Pero primero debe sufrir mucho y ser
rechazado por esta generación.
26 Como sucedió en los días de Noé, así
sucederá también en los días del Hijo del
Hombre.
27 Comían, bebían, se casaban y eran dados en
matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el
arca; llegó el diluvio y los destruyó a todos.
28 De la misma manera sucedió en los días de
Lot: comían, bebían, compraban, vendían,
plantaban y construían.

29 Pero el día en que Lot salió de Sodoma,
llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a
todos.
30 Así será el día en que el Hijo del Hombre sea
revelado.
31 En aquel día, el que esté en la azotea y tenga
sus bienes en la casa no baje a recogerlos. De
igual manera, el que esté en el campo no vuelva
atrás.
32 Acuérdense de la esposa de Lot.
33 El que procure conservar su vida la perderá;
pero el que la pierda la mantendrá viva.
34 Les digo que aquella noche estarán dos en
una misma cama: uno será llevado y el otro será
dejado.
35 Dos mujeres estarán moliendo juntas: una
será llevada y la otra será dejada.
36 [Dos estarán en el campo: uno será llevado y
el otro será dejado».]
37 Ellos le preguntaron: «¿Dónde, Señor?». Él
les dijo: «Donde esté el cadáver, allí también se
reunirán las águilas».

18

Parábola de la viuda y el juez injusto

1 Les contó una parábola para enseñarles que
debían orar siempre y no desanimarse.
2 Dijo: «En cierta ciudad había un juez que no
temía a Dios ni respetaba a ningún hombre.
3 En aquella ciudad había también una viuda
que acudía a él y le decía: “Hazme justicia frente
a mi adversario”.

4 Durante algún tiempo él no quiso, pero
después se dijo para sí: “Aunque no temo a Dios
ni respeto a ningún hombre,
5 como esta viuda me está molestando, le haré
justicia, para que no acabe agotándome con sus
constantes visitas”».
6 Entonces el Señor dijo: «Escuchen lo que dice
el juez injusto.
7 ¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos,
que claman a él día y noche? ¿Se demorará en
responderles?
8 Les digo que pronto les hará justicia. Pero
cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe
en la tierra?».

El fariseo y el cobrador de impuestos

9 También contó esta parábola a unos que
confiaban en sí mismos, considerándose justos, y
despreciaban a los demás:
10 «Dos hombres subieron al templo a orar:
uno era fariseo y el otro cobrador de impuestos.
11 El fariseo, de pie, oraba para sí de esta
manera: “Dios, te doy gracias porque no soy
como los demás hombres: ladrones, injustos,
adúlteros, ni siquiera como este cobrador de
impuestos.
12 Ayuno dos veces por semana y doy el
diezmo de todo lo que adquiero”.
13 Pero el cobrador de impuestos, de pie a
cierta distancia, ni siquiera quería levantar los
ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y
decía: “¡Dios, ten misericordia de mí, pecador!”.

14 Les digo que este bajó a su casa justificado,
y no el otro, porque todo el que se enaltece será
humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Jesús bendice a los niños
Mateo 19:13–15; Marcos 10:13–16.

15 También le llevaban bebés para que los
tocara. Al verlo, los discípulos reprendían a
quienes los llevaban.
16 Pero Jesús llamó a los niños y dijo: «Dejen a
los niños venir a mí y no se lo impidan, porque
el reino de Dios es de los que son como ellos.
17 En verdad les digo que el que no reciba el
reino de Dios como un niño jamás entrará en él».

Un dirigente rico ante el llamado de Jesús
Mateo 19:16–30; Marcos 10:17–31.

18 Un dirigente le preguntó: «Maestro bueno,
¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?».
19 Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno?
Nadie es bueno sino uno: Dios.
20 Conoces los mandamientos: "No cometas
adulterio, no asesines, no robes, no des falso
testimonio; honra a tu padre y a tu madre"».
21 Él dijo: «Todo esto lo he guardado desde mi
juventud».
22 Al oírlo, Jesús le dijo: «Todavía te falta una
cosa: vende todo lo que tienes y repártelo entre
los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos.
Luego ven y sígueme».
23 Al oír estas palabras se puso muy triste,
porque era muy rico.

Las riquezas y la salvación

24 Jesús lo miró y dijo: «¡Qué difícil es para los
que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!
25 Porque es más fácil que un camello entre
por el ojo de una aguja que un rico entre en el
reino de Dios».
26 Los que lo oyeron preguntaron: «Entonces,
¿quién puede ser salvo?».
27 Él respondió: «Lo que es imposible para los
hombres es posible para Dios».

La promesa para quienes siguen a Jesús

28 Pedro dijo: «Mira, nosotros hemos dejado lo
nuestro y te hemos seguido».
29 Él les dijo: «En verdad les digo que no hay
nadie que haya dejado casa, esposa, hermanos,
padres o hijos por causa del reino de Dios
30 que no reciba mucho más en este tiempo y,
en la era venidera, la vida eterna».

Jesús anuncia su muerte y resurrección
Mateo 20:17–19; Marcos 10:32–34.

31 Tomó aparte a los Doce y les dijo: «Miren,
subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo
escrito por los profetas acerca del Hijo del
Hombre.
32 Porque será entregado a los gentiles, se
burlarán de él, lo insultarán y lo escupirán.
33 Después de azotarlo, lo matarán; y al tercer
día resucitará».
34 Ellos no comprendieron nada de esto.
Aquella palabra les estaba oculta, y no
entendían lo que se les decía.

Un ciego de Jericó recibe la vista
Relatos relacionados: Mateo 20:29–34; Marcos 10:46–52.

35 Cuando él se acercaba a Jericó, un ciego
estaba sentado junto al camino, mendigando.
36 Al oír que pasaba una multitud, preguntó
qué sucedía.
37 Le dijeron que pasaba Jesús el Nazareno.
38 Entonces gritó: «¡Jesús, Hijo de David, ten
misericordia de mí!».
39 Los que iban delante lo reprendían para que
se callara, pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de
David, ten misericordia de mí!».
40 Jesús se detuvo y ordenó que se lo trajeran.
Cuando se acercó, le preguntó:
41 «¿Qué quieres que haga por ti?». Él
respondió: «Señor, que reciba la vista».
42 Jesús le dijo: «Recibe la vista; tu fe te ha
salvado».
43 Al instante recibió la vista y lo seguía
glorificando a Dios. Todo el pueblo, al verlo, dio
alabanza a Dios.

19

Jesús y Zaqueo

1 Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad.
2 Había un hombre llamado Zaqueo, que era
jefe de los recaudadores de impuestos y era rico.
3 Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía
por causa de la multitud, porque era de baja
estatura.

4 Así que corrió hacia adelante y subió a un
sicómoro para verlo, porque Jesús iba a pasar
por allí.
5 Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó la
mirada y le dijo: «Zaqueo, baja de prisa, porque
hoy debo alojarme en tu casa».
6 Él bajó de prisa y lo recibió con alegría.
7 Al verlo, todos murmuraban: «Ha entrado a
alojarse con un hombre pecador».
8 Zaqueo se puso de pie y dijo al Señor: «Mira,
Señor, doy a los pobres la mitad de mis bienes; y
si he defraudado a alguien en algo, se lo
devuelvo cuadruplicado».
9 Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a
esta casa, porque él también es hijo de Abraham.
10 Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a
salvar lo que se había perdido».

Parábola de las diez minas
Parábola relacionada: Mateo 25:14–30.
11 Mientras escuchaban estas cosas, añadió
una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén
y ellos pensaban que el reino de Dios iba a
manifestarse de inmediato.
12 Dijo, pues: «Un hombre de noble nacimiento
fue a un país lejano para recibir un reino y
regresar.
13 Llamó a diez esclavos suyos, les dio unos
cinco kilos de plata y les dijo: “Negocien con esto
hasta que yo vuelva”.
14 Pero sus conciudadanos lo odiaban y
enviaron una delegación tras él para decir: “No
queremos que este reine sobre nosotros”.

15 Cuando regresó, después de recibir el reino,
mandó llamar a los esclavos a quienes había
dado el dinero para saber qué habían ganado.
16 Se presentó el primero y dijo: "Señor, tu
dinero ha producido diez veces su valor".
17 Él le dijo: "¡Bien hecho, buen esclavo! Puesto
que has sido fiel en lo muy poco, ten autoridad
sobre diez ciudades".
18 Vino el segundo y dijo: "Tu dinero, señor, ha
producido cinco veces su valor".
19 También a este le dijo: "Tú también estarás
al frente de cinco ciudades".
20 Vino el otro y dijo: "Señor, aquí está tu
dinero, que he tenido guardado en un pañuelo.
21 Porque te tenía miedo, pues eres un hombre
severo: tomas lo que no depositaste y cosechas
lo que no sembraste".
22 Él le dijo: "Por tu propia boca te juzgo,
esclavo malvado. ¿Sabías que soy un hombre
severo, que tomo lo que no deposité y cosecho lo
que no sembré?
23 Entonces, ¿por qué no pusiste mi dinero en
un banco? Al volver yo, lo habría cobrado con
intereses".
24 Y dijo a los que estaban allí: "Quítenle el
dinero y dénselo al que tiene unos cinco kilos de
plata".
25 Ellos le dijeron: "Señor, ya tiene unos cinco
kilos".
26 "Les digo que a todo el que tiene se le dará,
pero al que no tiene se le quitará hasta lo que
tiene.
27 En cuanto a esos enemigos míos que no

querían que reinara sobre ellos, tráiganlos aquí y
ejecútenlos delante de mí"».

La entrada triunfal en Jerusalén
Mateo 21:1–11; Marcos 11:1–11; Juan 12:12–19.

28 Después de decir esto, Jesús iba delante de
ellos, subiendo a Jerusalén.
29 Cuando se acercó a Betfagé y Betania, junto
al monte llamado de los Olivos, envió a dos de
los discípulos,
30 diciendo: «Vayan a la aldea de enfrente. Al
entrar en ella, encontrarán un burrito atado, en
el que nadie ha montado jamás. Desátenlo y
tráiganlo.
31 Si alguien les pregunta: "¿Por qué lo
desatan?", respondan así: "El Señor lo necesita"».
32 Los enviados fueron y encontraron todo
como él les había dicho.
33 Mientras desataban el burrito, sus dueños
les preguntaron: «¿Por qué desatan el burrito?».
34 Ellos respondieron: «El Señor lo necesita».
35 Lo llevaron a Jesús, echaron sus mantos
sobre el burrito e hicieron montar a Jesús.
36 Mientras avanzaba, extendían sus mantos
en el camino.
37 Cuando ya se acercaba a la bajada del monte
de los Olivos, toda la multitud de los discípulos
comenzó a alabar a Dios con alegría y con voz
fuerte por todos los milagros que habían visto.
38 Decían: «¡Bendito el rey que viene en el
nombre del Señor!
¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!».
39 Algunos fariseos de la multitud le dijeron:
«Maestro, reprende a tus discípulos».

40 Él respondió: «Les digo que, si estos callan,
las piedras clamarán».

El lamento de Jesús por Jerusalén

41 Cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por
ella,
42 diciendo: «¡Si también tú hubieras conocido,
al menos en este día tuyo, lo que conduce a tu
paz! Pero ahora está oculto a tus ojos.
43 Porque vendrán días sobre ti en que tus
enemigos levantarán una empalizada contra ti,
te rodearán y te estrecharán por todas partes.
44 Te arrasarán a ti y a tus hijos dentro de ti, y
no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no
reconociste el tiempo en que Dios te visitó».

Purificación del templo
Relatos relacionados: Mateo 21:12–17; Marcos 11:15–19. Véase también Juan 2:13–22.

45 Entró en el templo y comenzó a expulsar a
los vendedores,
46 diciéndoles: «Está escrito: “Y mi casa será
casa de oración”; pero ustedes la han convertido
en cueva de bandidos».
47 Enseñaba cada día en el templo. Los
principales sacerdotes, los escribas y los
dirigentes del pueblo buscaban matarlo,
48 pero no encontraban qué hacer, porque todo
el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

20

La autoridad de Jesús
Mateo 21:23–27; Marcos 11:27–33.

1 Un día, mientras Jesús enseñaba al pueblo en
el templo y anunciaba las buenas noticias, se
presentaron los principales sacerdotes y los
escribas, junto con los ancianos,
2 y le preguntaron: «Dinos, ¿con qué autoridad
haces estas cosas, o quién es el que te dio esta
autoridad?».
3 Él les respondió: «Yo también les haré una
pregunta; respóndanme:
4 el bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los
seres humanos?».
5 Ellos discutieron entre sí: «Si decimos “Del
cielo”, dirá: “¿Por qué no le creyeron?”.
6 Pero si decimos “De los seres humanos”, todo
el pueblo nos apedreará, porque está
convencido de que Juan era profeta».
7 Así que respondieron que no sabían de
dónde era.
8 Jesús les dijo: «Tampoco yo les digo con qué
autoridad hago estas cosas».

Los labradores malvados
Mateo 21:33–46; Marcos 12:1–12.

9 Comenzó a decir al pueblo esta parábola: «Un
hombre plantó una viña, la arrendó a unos
labradores y se ausentó por mucho tiempo.
10 A su debido tiempo envió a un esclavo a los
labradores para que le dieran parte del fruto de
la viña. Pero los labradores lo golpearon y lo
despidieron con las manos vacías.
11 Volvió a enviar a otro esclavo, pero también
a este lo golpearon, lo maltrataron y lo
despidieron con las manos vacías.

12 Todavía envió a un tercero, pero también a
este lo hirieron y lo echaron fuera.
13 Entonces el dueño de la viña dijo: “¿Qué
haré? Enviaré a mi hijo amado; tal vez a él lo
respeten”.
14 Pero, al verlo, los labradores discutían entre
sí, diciendo: “Este es el heredero. Matémoslo
para que la herencia sea nuestra”.
15 Lo echaron fuera de la viña y lo mataron.
¿Qué les hará, entonces, el dueño de la viña?
16 Vendrá, destruirá a esos labradores y dará
la viña a otros». Al oírlo, dijeron: «¡Que no
suceda eso!».
17 Él los miró y dijo: «Entonces, ¿qué significa
esto que está escrito:
“La piedra que rechazaron los constructores se
ha convertido en la piedra angular”?
18 Todo el que caiga sobre aquella piedra
quedará hecho pedazos, y a aquel sobre quien
ella caiga lo pulverizará».
19 Los escribas y los principales sacerdotes
procuraron echarle mano en aquella misma
hora, porque comprendieron que había dicho
esta parábola contra ellos; pero tuvieron miedo
del pueblo.

El tributo al César
Mateo 22:15–22; Marcos 12:13–17.

20 Lo vigilaban y enviaron espías que fingían
ser justos para atraparlo en alguna palabra, a fin
de entregarlo al poder y a la autoridad del
gobernador.
21 Le preguntaron: «Maestro, sabemos que
hablas y enseñas rectamente y que no haces

distinción de personas, sino que enseñas con
verdad el camino de Dios.
22 ¿Nos está permitido pagar tributo al César, o
no?».
23 Él, al darse cuenta de su astucia, les dijo:
24 «Muéstrenme una moneda romana. ¿De
quién tiene la imagen y la inscripción?». Ellos
respondieron: «Del César».
25 Él les dijo: «Pues den al César lo que es del
César, y a Dios lo que es de Dios».
26 No pudieron atraparlo en ninguna palabra
delante del pueblo. Asombrados por su
respuesta, guardaron silencio.

La pregunta sobre la resurrección
Mateo 22:23–33; Marcos 12:18–27.

27 Se acercaron algunos saduceos, los que
niegan que haya resurrección, y le preguntaron:
28 «Maestro, Moisés nos escribió que, si un
hombre muere teniendo esposa, pero sin hijos,
su hermano debe tomar a la mujer y dar
descendencia a su hermano.
29 Había siete hermanos. El primero tomó
esposa y murió sin hijos;
30 y el segundo
31 y el tercero se casaron con ella. Del mismo
modo, los siete no dejaron hijos y murieron.
32 Por último murió también la mujer.
33 En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos
será esposa? Porque los siete la tuvieron por
esposa».
34 Jesús les dijo: «Los hijos de esta era se casan
y son dados en matrimonio;

35 pero los considerados dignos de alcanzar
aquella era y la resurrección de entre los
muertos no se casan ni son dados en
matrimonio.
36 Porque ya no pueden morir; son iguales a
los ángeles y son hijos de Dios, al ser hijos de la
resurrección.
37 Que los muertos resucitan, también Moisés
lo mostró en el pasaje de la zarza, cuando llama
al Señor "Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios
de Jacob".
38 Él no es Dios de muertos, sino de vivos,
porque para él todos viven».
39 Algunos escribas respondieron: «Maestro,
has hablado bien».
40 Porque ya no se atrevían a preguntarle
nada.

¿De quién es hijo el Cristo?
Mateo 22:41–46; Marcos 12:35–37.

41 Él les dijo: «¿Cómo dicen que el Cristo es
hijo de David?
42 Porque el mismo David dice en el libro de
los Salmos:
"El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
43 hasta que ponga a tus enemigos como estrado
de tus pies".
44 David, entonces, lo llama Señor; ¿cómo es su
hijo?».

Jesús acusa a los escribas
Enseñanzas relacionadas: Mateo 23:1–36; Marcos 12:38–40; Lucas 11:37–54.

45 Mientras todo el pueblo escuchaba, dijo a
los discípulos:

46 «Cuídense de los escribas, a quienes les
gusta andar con túnicas largas y aman los
saludos en las plazas, los primeros asientos en
las sinagogas y los primeros lugares en los
banquetes.
47 Devoran las casas de las viudas y, como
pretexto, hacen largas oraciones. Estos recibirán
una condena mayor».

21

La ofrenda de la viuda
Marcos 12:41–44.

1 Jesús levantó la mirada y vio a los ricos que
echaban sus ofrendas en el tesoro.
2 Vio también a una viuda pobre que echaba
allí dos monedas pequeñas.
3 Y dijo: «Les digo con verdad que esta viuda
pobre ha echado más que todos.
4 Porque todos estos han dado para las
ofrendas de lo que les sobra, pero ella, de su
pobreza, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Jesús predice la destrucción del templo
Pasajes paralelos: Mateo 24:1–2; Marcos 13:1–2.

5 Algunos hablaban del templo, de cómo
estaba adornado con hermosas piedras y
ofrendas dedicadas. Él dijo:
6 «En cuanto a estas cosas que contemplan,
vendrán días en que no quedará piedra sobre
piedra que no sea derribada».

Jesús advierte contra el engaño y el temor
Pasajes paralelos: Mateo 24:3–8; Marcos 13:3–8.

7 Le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo
sucederán estas cosas? ¿Y qué señal habrá
cuando estén por suceder?».
8 Él dijo: «Tengan cuidado de que no los
engañen. Porque muchos vendrán en mi
nombre, diciendo: "Yo soy", y: "El tiempo está
cerca". No vayan detrás de ellos.
9 Cuando oigan de guerras y revueltas, no se
asusten. Porque estas cosas deben suceder
primero, pero el fin no vendrá de inmediato».
10 Entonces les decía: «Se levantará nación
contra nación y reino contra reino.
11 Habrá grandes terremotos y, en diversos
lugares, hambres y epidemias. Habrá sucesos
aterradores y grandes señales del cielo.

El testimonio de los discípulos bajo persecución
Pasajes paralelos: Mateo 24:9–14; Marcos 13:9–13.

12 Pero antes de todo esto les echarán mano y
los perseguirán; los entregarán a las sinagogas y
a las cárceles, y los llevarán ante reyes y
gobernadores por causa de mi nombre.
13 Esto les servirá para dar testimonio.
14 Por eso, propónganse en su corazón no
preparar de antemano su defensa,
15 porque yo les daré palabras y sabiduría que
ninguno de sus adversarios podrá resistir ni
contradecir.
16 Serán entregados incluso por sus padres,
hermanos, parientes y amigos, y a algunos de
ustedes los matarán.
17 Todos los odiarán por causa de mi nombre.
18 Pero ni un cabello de su cabeza se perderá.

19 Con su perseverancia ganen sus vidas.

Advertencia ante el asedio de Jerusalén
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:15–22; Marcos 13:14–20.

20 Cuando vean a Jerusalén rodeada de
ejércitos, sepan entonces que su desolación está
cerca.
21 Entonces los que estén en Judea huyan a los
montes; los que estén dentro de ella salgan, y los
que estén en los campos no entren en ella.
22 Porque estos son días de retribución, para
que se cumpla todo lo que está escrito.
23 ¡Ay de las que estén embarazadas y de las
que estén amamantando en aquellos días!
Porque habrá gran angustia sobre la tierra e ira
contra este pueblo.
24 Caerán a filo de espada y serán llevados
cautivos a todas las naciones. Jerusalén será
pisoteada por los gentiles hasta que se cumplan
los tiempos de los gentiles.

La venida del Hijo del Hombre
Pasajes paralelos: Mateo 24:29–31; Marcos 13:24–27.

25 Habrá señales en el sol, la luna y las
estrellas; y en la tierra, angustia entre las
naciones, perplejas ante el estruendo del mar y
su agitación.
26 La gente desfallecerá de miedo y de
expectación por lo que viene sobre el mundo
habitado, porque los poderes de los cielos serán
sacudidos.
27 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en
una nube con poder y gran gloria.

28 Cuando estas cosas comiencen a suceder,
enderécense y levanten la cabeza, porque su
redención está cerca».

La cercanía del reino y la firmeza de la palabra de Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 24:32–35; Marcos 13:28–31.

29 También les dijo una parábola: «Miren la
higuera y todos los árboles.
30 Cuando ya brotan, al verlo, ustedes mismos
saben que el verano ya está cerca.
31 Así también ustedes, cuando vean suceder
estas cosas, sepan que el reino de Dios está
cerca.
32 En verdad les digo que no pasará esta
generación hasta que todo suceda.
33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis
palabras jamás pasarán.

Vigilancia y oración ante el día del Señor
Enseñanzas relacionadas: Mateo 24:42–44; Marcos 13:32–37.

34 Cuídense de ustedes mismos, no sea que su
corazón se cargue de excesos, de embriaguez y
de las preocupaciones de la vida, y aquel día
caiga de repente sobre ustedes
35 como una trampa. Porque vendrá sobre
todos los que habitan en toda la faz de la tierra.
36 Velen en todo momento, rogando para que
tengan fuerzas para escapar de todas estas cosas
que van a suceder y para estar de pie delante
del Hijo del Hombre».

37 Durante el día enseñaba en el templo, y por
las noches salía y se alojaba en el monte llamado
de los Olivos.
38 Todo el pueblo acudía a él de madrugada
para escucharlo en el templo.

22

El complot para matar a Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:1–5; Mateo 26:14–16; Marcos 14:1–2; Marcos 14:10–11.
Antecedente relacionado: Juan 11:45–53.

1 Se acercaba la fiesta de los Panes sin
Levadura, llamada Pascua.
2 Los principales sacerdotes y los escribas
buscaban cómo matarlo, porque temían al
pueblo.
3 Entonces Satanás entró en Judas, llamado
Iscariote, que era uno de los doce.
4 Él fue y habló con los principales sacerdotes
y los jefes de la guardia sobre cómo entregárselo.
5 Ellos se alegraron y acordaron darle dinero.
6 Él aceptó y buscaba una oportunidad para
entregárselo sin que estuviera la multitud.

La preparación de la Pascua
Pasajes paralelos: Mateo 26:17–19; Marcos 14:12–16.

7 Llegó el día de los Panes sin Levadura, en el
que debía sacrificarse el cordero de la Pascua.
8 Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles:
«Vayan y preparen la Pascua para que la
comamos».

9 Ellos le preguntaron: «¿Dónde quieres que la
preparemos?».
10 Él les dijo: «Al entrar en la ciudad, les saldrá
al encuentro un hombre que lleva un cántaro de
agua. Síganlo hasta la casa en la que entre,
11 y díganle al dueño de la casa: "El Maestro te
pregunta: ¿Dónde está la sala en la que voy a
comer la Pascua con mis discípulos?".
12 Él les mostrará una sala grande, amueblada,
en el piso de arriba. Preparen allí».
13 Ellos fueron, encontraron todo como les
había dicho y prepararon la Pascua.

La Cena del Señor
Pasajes paralelos: Mateo 26:20–29; Marcos 14:17–25. Institución y anuncio de la muerte del Señor: 1 Corintios 11:23–26. Relato relacionado de la entrega: Juan 13:21–30.

14 Cuando llegó la hora, se recostó a la mesa, y
los apóstoles con él.
15 Les dijo: «He deseado intensamente comer
esta Pascua con ustedes antes de sufrir,
16 porque les digo que no volveré a comerla
hasta que se cumpla en el reino de Dios».
17 Luego tomó una copa, dio gracias y dijo:
«Tomen esto y repártanlo entre ustedes,
18 porque les digo que desde ahora no beberé
del fruto de la vid hasta que venga el reino de
Dios».
19 Después tomó pan, dio gracias, lo partió y se
lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es
entregado por ustedes. Hagan esto en memoria
de mí».

20 Del mismo modo, después de cenar, tomó la
copa y dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi
sangre, que es derramada por ustedes.
21 Pero miren, la mano del que me entrega
está conmigo en la mesa.
22 Porque el Hijo del Hombre va según lo que
se ha determinado, pero ¡ay de aquel hombre
por medio del cual es entregado!».
23 Entonces comenzaron a preguntarse unos a
otros cuál de ellos sería el que iba a hacer eso.

La grandeza en el servicio
Enseñanzas relacionadas: Mateo 20:25–28; Marcos 10:42–45. El servicio del Señor en la cena: Juan 13:1–17.

24 También surgió entre ellos una disputa
sobre cuál de ellos era considerado el mayor.
25 Él les dijo: «Los reyes de las naciones las
dominan, y los que ejercen autoridad sobre ellas
son llamados bienhechores.
26 Pero ustedes no deben ser así. Al contrario,
el mayor entre ustedes debe hacerse como el
más joven, y el que dirige, como el que sirve.
27 Porque ¿quién es mayor: el que está a la
mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la
mesa? Sin embargo, yo estoy entre ustedes como
el que sirve.

La promesa de participar en el reino
Enseñanza relacionada: Mateo 19:27–30.

28 Ustedes son los que han permanecido
conmigo en mis pruebas.
29 Y yo les concedo un reino, como mi Padre
me lo concedió a mí,

30 para que coman y beban a mi mesa en mi
reino; y se sentarán en tronos para juzgar a las
doce tribus de Israel.

Jesús anuncia la negación de Pedro
Pasajes paralelos: Mateo 26:31–35; Marcos 14:27–31; Juan 13:36–38.

31 Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido
zarandearlos a ustedes como al trigo.
32 Pero yo he rogado por ti para que tu fe no
falle. Y tú, cuando hayas vuelto, fortalece a tus
hermanos».
33 Él le dijo: «Señor, estoy dispuesto a ir
contigo tanto a la cárcel como a la muerte».
34 Pero Jesús respondió: «Te digo, Pedro, que
hoy no cantará el gallo antes de que hayas
negado tres veces que me conoces».

Bolsa, alforja y espada

35 Entonces les preguntó: «Cuando los envié
sin bolsa de dinero, sin alforja y sin sandalias,
¿les faltó algo?». Ellos respondieron: «Nada».
36 Él les dijo: «Pero ahora, el que tenga una
bolsa de dinero, que la lleve, y también una
alforja. Y el que no tenga espada, que venda su
manto y compre una.
37 Porque les digo que debe cumplirse en mí
esto que está escrito: "Fue contado entre los
transgresores". Pues lo que se refiere a mí llega
a su cumplimiento».
38 Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos
espadas». Él les respondió: «Basta».

Jesús ora en Getsemaní
Pasajes paralelos: Mateo 26:36–46; Marcos 14:32–42.

39 Luego salió y fue, como de costumbre, al
monte de los Olivos; los discípulos también lo
siguieron.
40 Cuando llegó al lugar, les dijo: «Oren para no
entrar en tentación».
41 Se apartó de ellos como a un tiro de piedra,
se puso de rodillas y oraba,
42 diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí
esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la
tuya».
43 Entonces se le apareció un ángel del cielo
que lo fortalecía.
44 Y, estando en agonía, oraba con más
intensidad. Su sudor se volvió como gruesas
gotas de sangre que caían al suelo.
45 Cuando se levantó de la oración y fue a los
discípulos, los encontró dormidos a causa de la
tristeza.
46 Les dijo: «¿Por qué duermen? Levántense y
oren para no entrar en tentación».

Arresto de Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:47–56; Marcos 14:43–50; Juan 18:2–11.

47 Mientras todavía hablaba, apareció una
multitud. El llamado Judas, uno de los doce, iba
al frente de ellos y se acercó a Jesús para
besarlo.
48 Pero Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso
entregas al Hijo del Hombre?».

49 Cuando los que estaban con él vieron lo que
iba a suceder, preguntaron: «Señor, ¿herimos con
la espada?».
50 Y uno de ellos hirió al esclavo del sumo
sacerdote y le cortó la oreja derecha.
51 Pero Jesús respondió: «¡Basta ya!». Y,
tocándole la oreja, lo sanó.
52 Entonces Jesús dijo a los principales
sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y
a los ancianos que habían venido contra él:
«¿Han salido con espadas y palos como contra
un bandido?
53 Cada día estaba con ustedes en el templo, y
no extendieron las manos contra mí. Pero esta
es su hora y el dominio de las tinieblas».

Pedro niega a Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:57–58; Mateo 26:69–75; Marcos 14:53–54; Marcos 14:66–72; Juan 18:12–18; Juan 18:25–27.

54 Lo prendieron, se lo llevaron y lo hicieron
entrar en la casa del sumo sacerdote. Pedro lo
seguía de lejos.
55 Encendieron un fuego en medio del patio y
se sentaron juntos; Pedro se sentó entre ellos.
56 Una criada lo vio sentado junto al fuego, lo
miró fijamente y dijo: «Este también estaba con
él».
57 Pero él lo negó, diciendo: «Mujer, no lo
conozco».
58 Poco después, otro lo vio y dijo: «Tú
también eres uno de ellos». Pero Pedro
respondió: «Hombre, no lo soy».

59 Pasada cerca de una hora, otro insistía: «Sin
duda, este también estaba con él, porque
también es galileo».
60 Pero Pedro dijo: «Hombre, no sé de qué
hablas». Y al instante, mientras todavía hablaba,
cantó un gallo.
61 Entonces el Señor se volvió y miró fijamente
a Pedro. Pedro recordó lo que el Señor le había
dicho: «Hoy, antes de que cante el gallo, me
negarás tres veces».
62 Y salió afuera y lloró amargamente.

Golpes y burlas contra Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 26:67–68; Marcos 14:65.
63 Los hombres que custodiaban a Jesús se
burlaban de él y lo golpeaban.
64 Le cubrieron el rostro y le preguntaban:
«¡Profetiza! ¿Quién te golpeó?».
65 Y decían muchas otras cosas, insultándolo.

Jesús ante el concilio
Interrogatorios relacionados: Mateo 26:59–66; Marcos 14:55–64; Juan 18:19–24. Reunión al amanecer y entrega a Pilato: Mateo 27:1–2; Marcos 15:1.
66 Cuando se hizo de día, se reunió el consejo
de ancianos del pueblo, tanto los principales
sacerdotes como los escribas, y lo llevaron ante
su concilio,
67 diciendo: «Si tú eres el Cristo, dínoslo». Él
les respondió: «Si se lo digo, no creerán;
68 y si les pregunto, no responderán.
69 Pero desde ahora el Hijo del Hombre estará
sentado a la derecha del poder de Dios».

70 Entonces todos preguntaron: «¿Así que tú
eres el Hijo de Dios?». Él les dijo: «Ustedes dicen
que lo soy».
71 Ellos dijeron: «¿Qué necesidad tenemos ya
de testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído
de su boca».

23

Jesús ante Pilato
Pasajes paralelos: Mateo 27:1–2; Mateo 27:11–14; Marcos 15:1–5; Juan 18:28–38.

1 Entonces todos ellos se levantaron y lo
llevaron ante Pilato.
2 Comenzaron a acusarlo, diciendo: «Hemos
encontrado a este hombre extraviando a nuestra
nación, prohibiendo pagar impuestos al César y
diciendo que él es el Cristo, un rey».
3 Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los
judíos?». Él le respondió: «Tú lo dices».
4 Entonces Pilato dijo a los principales
sacerdotes y a la multitud: «No encuentro
ningún delito en este hombre».
5 Pero ellos insistían: «Alborota al pueblo
enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta
aquí».

Jesús ante Herodes

6 Al oír esto, Pilato preguntó si el hombre era
galileo.
7 Y, al saber que pertenecía a la jurisdicción de
Herodes, se lo envió a Herodes, que también
estaba en Jerusalén en aquellos días.

8 Herodes se alegró mucho al ver a Jesús,
porque desde hacía bastante tiempo deseaba
verlo por lo que había oído de él, y esperaba
verlo realizar alguna señal.
9 Le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le
respondió nada.
10 Los principales sacerdotes y los escribas
estaban allí, acusándolo con vehemencia.
11 Entonces Herodes, junto con sus soldados, lo
despreció y se burló de él; le puso un vestido
espléndido y lo envió de regreso a Pilato.
12 Ese mismo día Herodes y Pilato se hicieron
amigos, pues antes estaban enemistados.

Jesús sentenciado a muerte
Pasajes paralelos: Mateo 27:15–26; Marcos 15:6–15; Juan 18:38–40; Juan 19:1–16.

13 Pilato reunió a los principales sacerdotes, a
los gobernantes y al pueblo,
14 y les dijo: «Me han traído a este hombre
como a uno que extravía al pueblo. Pero lo he
interrogado delante de ustedes y no he
encontrado en él ningún delito de los que lo
acusan.
15 Tampoco Herodes, pues nos lo ha devuelto.
Como ven, no ha hecho nada que merezca la
muerte.
16 Así que lo castigaré y lo dejaré libre».
17 [Él tenía la obligación de ponerles en
libertad a un preso en cada fiesta.]
18 Pero todos gritaron a una: «¡Fuera con este!
¡Suéltanos a Barrabás!».

19 Este había sido encarcelado por una
revuelta ocurrida en la ciudad y por un
homicidio.
20 Pilato volvió a hablarles, queriendo dejar
libre a Jesús.
21 Pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícalo!
¡Crucifícalo!».
22 Él les dijo por tercera vez: «¿Pues qué mal
ha hecho este? No he encontrado en él ningún
delito que merezca la muerte. Así que lo
castigaré y lo dejaré libre».
23 Pero ellos insistían a grandes voces,
pidiendo que fuera crucificado, y sus gritos
prevalecieron.
24 Entonces Pilato decidió que se hiciera lo que
pedían.
25 Dejó libre al que había sido encarcelado por
revuelta y homicidio, al que ellos pedían, y
entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

Crucifixión y muerte de Jesús
Pasajes paralelos: Mateo 27:32–56; Marcos 15:21–41; Juan 19:17–30.

26 Cuando se lo llevaban, agarraron a un
hombre llamado Simón, de Cirene, que venía del
campo, y le pusieron la cruz encima para que la
llevara detrás de Jesús.

Jesús advierte a las mujeres de Jerusalén

27 Lo seguía una gran multitud del pueblo y de
mujeres que se golpeaban el pecho y se
lamentaban por él.

28 Jesús se volvió hacia ellas y dijo: «Hijas de
Jerusalén, no lloren por mí; lloren más bien por
ustedes mismas y por sus hijos.
29 Porque vienen días en que dirán: “Dichosas
las estériles, los vientres que no dieron a luz y
los pechos que no amamantaron”.
30 Entonces comenzarán a decir a los montes:
“¡Caigan sobre nosotros!”, y a las colinas:
“¡Cúbrannos!”.
31 Porque si hacen estas cosas con el árbol
verde, ¿qué sucederá con el seco?».
32 También llevaban a otros dos, que eran
malhechores, para ejecutarlos junto con él.

Jesús es crucificado entre malhechores

33 Cuando llegaron al lugar llamado la
Calavera, lo crucificaron allí, junto con los
malhechores, uno a su derecha y otro a su
izquierda.
34 Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no
saben lo que hacen». Y se repartieron su ropa
echando suertes.
35 El pueblo permanecía allí mirando.
También los gobernantes se burlaban, diciendo:
«A otros salvó; que se salve a sí mismo, si él es el
Cristo de Dios, el Elegido».
36 Los soldados también se burlaban de él; se
acercaban, le ofrecían vino agrio
37 y decían: «Si tú eres el rey de los judíos,
sálvate a ti mismo».
38 También había sobre él una inscripción:
«Este es el rey de los judíos».

Los dos malhechores y la promesa de Jesús

39 Uno de los malhechores colgados lo
insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Cristo?
¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!».
40 Pero el otro lo reprendió: «¿Ni siquiera
temes a Dios, estando bajo la misma condena?
41 Nosotros estamos condenados justamente,
porque recibimos lo que merecen nuestros
hechos; pero este no ha hecho nada malo».
42 Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando
vengas en tu reino».
43 Él le respondió: «En verdad te digo: hoy
estarás conmigo en el paraíso».

La muerte de Jesús y las señales que la acompañan

44 Ya era cerca del mediodía, y hubo oscuridad
sobre toda la tierra hasta las tres de la tarde,
45 pues la luz del sol se apagó. Y el velo del
santuario se rasgó por la mitad.
46 Entonces Jesús gritó con voz fuerte: «Padre,
en tus manos encomiendo mi espíritu». Y,
después de decir esto, expiró.
47 Al ver lo sucedido, el centurión glorificaba a
Dios, diciendo: «Verdaderamente este hombre
era justo».
48 Toda la multitud que se había reunido para
ver aquel espectáculo, al contemplar lo ocurrido,
regresaba golpeándose el pecho.
49 Pero todos sus conocidos permanecían a
distancia, junto con las mujeres que lo habían
seguido desde Galilea, mirando estas cosas.

Jesús es sepultado
Pasajes paralelos: Mateo 27:57–61; Marcos 15:42–47; Juan 19:38–42.

50 Había un hombre llamado José, miembro
del concilio, hombre bueno y justo.
51 Él no había estado de acuerdo con la
decisión ni con las acciones de ellos. Era de
Arimatea, ciudad de los judíos, y esperaba el
reino de Dios.
52 Este fue ante Pilato y le pidió el cuerpo de
Jesús.
53 Después de bajarlo, lo envolvió en un lienzo
de lino y lo puso en un sepulcro excavado en la
roca, donde todavía no se había colocado a
nadie.
54 Era el día de la Preparación, y el sábado
estaba por comenzar.
55 Las mujeres que habían venido con él desde
Galilea lo siguieron y vieron el sepulcro y cómo
había sido colocado su cuerpo.
56 Luego regresaron y prepararon especias
aromáticas y ungüentos. Y el sábado
descansaron conforme al mandamiento.

24

La resurrección
Relatos de la visita al sepulcro y del anuncio: Mateo 28:1–10; Marcos 16:1–8; Juan 20:1–10.

1 El primer día de la semana, muy de
madrugada, fueron al sepulcro llevando las
especias aromáticas que habían preparado.
2 Encontraron que la piedra había sido
apartada del sepulcro,

3 pero al entrar no encontraron el cuerpo.
4 Mientras estaban perplejas por esto, de
pronto se presentaron junto a ellas dos hombres
con ropa resplandeciente.
5 Ellas se asustaron e inclinaron el rostro
hacia el suelo. Los hombres les dijeron: «¿Por
qué buscan entre los muertos al que vive?
6 No está aquí, sino que ha resucitado.
Recuerden cómo les habló cuando aún estaba en
Galilea,
7 diciendo que el Hijo del Hombre debía ser
entregado en manos de hombres pecadores, ser
crucificado y resucitar al tercer día».
8 Entonces recordaron sus palabras
9 y, al regresar del sepulcro, contaron todo
esto a los Once y a todos los demás.
10 Eran María Magdalena, Juana y María la
madre de Jacobo, y las demás que estaban con
ellas. Les contaban estas cosas a los apóstoles.
11 Pero estas palabras les parecían un
disparate, y no les creían.
12 Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Al
inclinarse para mirar, vio solo los lienzos; y se
fue a su casa, asombrado por lo sucedido.

En el camino a Emaús
Relato relacionado: Marcos 16:12–13.
13 Ese mismo día, dos de ellos iban a una aldea
llamada Emaús, a unos once kilómetros de
Jerusalén.
14 Conversaban entre sí sobre todas las cosas
que habían sucedido.
15 Mientras conversaban y discutían, Jesús
mismo se acercó y caminaba con ellos.

16 Pero sus ojos estaban velados para que no lo
reconocieran.
17 Él les preguntó: «¿Qué conversación es esta
que llevan entre ustedes mientras caminan?».
Ellos se detuvieron, tristes.
18 Uno de ellos, llamado Cleofas, le respondió:
«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no
sabe lo que ha sucedido allí en estos días?».
19 Él les preguntó: «¿Qué cosas?». Ellos
respondieron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue
un profeta poderoso en obra y palabra delante
de Dios y de todo el pueblo;
20 cómo los principales sacerdotes y nuestros
gobernantes lo entregaron para ser condenado a
muerte y lo crucificaron.
21 Nosotros esperábamos que él fuera quien
iba a redimir a Israel. Además de todo esto, hoy
es ya el tercer día desde que estas cosas
sucedieron.
22 También unas mujeres de nuestro grupo nos
han asombrado. Fueron muy temprano al
sepulcro
23 y, al no encontrar su cuerpo, regresaron
diciendo que también habían visto una visión de
ángeles, quienes dicen que él vive.
24 Algunos de los que estaban con nosotros
fueron al sepulcro y lo encontraron tal como las
mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron».
25 Entonces él les dijo: «¡Insensatos y lentos de
corazón para creer todo lo que han dicho los
profetas!
26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera
estas cosas y entrara en su gloria?».

27 Comenzando por Moisés y por todos los
profetas, les explicó en todas las Escrituras lo
que se refería a él mismo.
28 Se acercaron a la aldea adonde iban, y él
hizo como que seguiría más adelante.
29 Pero ellos le insistieron: «Quédate con
nosotros, porque atardece y el día ya ha
declinado». Entró, pues, para quedarse con
ellos.
30 Cuando se sentó a la mesa con ellos, tomó el
pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba
dando.
31 Entonces se les abrieron los ojos y lo
reconocieron, pero él desapareció de su vista.
32 Se dijeron unos a otros: «¿No ardía nuestro
corazón dentro de nosotros mientras nos
hablaba en el camino y nos abría las
Escrituras?».
33 En esa misma hora se levantaron y
regresaron a Jerusalén. Encontraron reunidos a
los Once y a los que estaban con ellos,
34 que decían: «¡El Señor ha resucitado de
verdad y se ha aparecido a Simón!».
35 Ellos, por su parte, contaban lo sucedido en
el camino y cómo lo habían reconocido al partir
el pan.

Jesús se aparece a los discípulos
Aparición a los discípulos en Jerusalén: Juan 20:19–23. Otras apariciones y la comisión del Resucitado: Mateo 28:16–20; Marcos 16:14–18.

36 Mientras hablaban de estas cosas, él mismo
se puso en medio de ellos.

37 Sobresaltados y llenos de temor, pensaban
que veían un espíritu.
38 Él les dijo: «¿Por qué están turbados? ¿Por
qué surgen dudas en su corazón?
39 Miren mis manos y mis pies: soy yo mismo.
Tóquenme y vean, porque un espíritu no tiene
carne ni huesos, como ven que yo tengo».
40 Dicho esto, les mostró las manos y los pies.
41 Como todavía no creían por la alegría y
estaban asombrados, les preguntó: «¿Tienen
aquí algo de comer?».
42 Le dieron un trozo de pescado asado,
43 y él lo tomó y lo comió delante de ellos.

Las Escrituras, el testimonio y la promesa del Padre

44 Les dijo: «Estas son las palabras que les dije
cuando aún estaba con ustedes: debe cumplirse
todo lo escrito acerca de mí en la ley de Moisés,
en los profetas y en los Salmos».
45 Entonces les abrió el entendimiento para
que comprendieran las Escrituras
46 y les dijo: «Así está escrito: el Cristo había
de padecer y resucitar de entre los muertos al
tercer día,
47 y en su nombre habían de proclamarse el
arrepentimiento y el perdón de los pecados a
todas las naciones, comenzando por Jerusalén.
48 Ustedes son testigos de estas cosas.
49 Miren, yo envío sobre ustedes la promesa de
mi Padre; pero ustedes permanezcan en la
ciudad hasta que sean revestidos de poder desde
lo alto».

La ascensión
La ascensión del Señor: Marcos 16:19–20; Hechos 1:9–11.
50 Los llevó hasta cerca de Betania y,
levantando las manos, los bendijo.
51 Mientras los bendecía, se separó de ellos y
fue llevado al cielo.
52 Ellos lo adoraron y regresaron a Jerusalén
con gran alegría,
53 y estaban continuamente en el templo,
bendiciendo a Dios.

Nueva Traducción BibliaTodo
The Holy Bible in Spanish, Nueva Traducción BibliaTodo translation

copyright © 2026 BibliaTodo LLC

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin American

Santa Biblia, Nueva Traducción BibliaTodo (NTBT). Publicada por BibliaTodo Bible Society, sello editorial de BibliaTodo LLC.
https://www.bibliatodo.org/es/ntbt/

2026-11-06

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 6 Nov 2026 from source files dated 6 Nov 2026
f679fc02-fe47-5e73-b7b9-74d4193a2d39